

LA EXPERIENCIA PINAY (*)

(DISYUNTIVAS DE LA POLITICA ECONOMICA FRANCESA) *(Conclusión)*

III. LA «EXPERIENCIA»

Pocos días después de haber recibido la aprobación parlamentaria el programa de estabilización de precios mediante el cual había conseguido su investidura como presidente del Consejo, M. Pinay inicia su realización, decretando como primera medida una baja autoritaria de precios el 13 de marzo. La coyuntura económica no podía ser más favorable a la baja: los precios al por mayor habían ya iniciado en febrero un tímido descenso, muy retrasado, sin embargo, con respecto a la tendencia deflacionista existente en el mercado mundial desde abril de 1951, y la excesiva hipertrofia de los precios franceses creaba incluso en el ánimo de los productores, según hemos visto, las condiciones psicológicas necesarias para prestar su apoyo al menos en principio a las medidas gubernativas. Por otra parte, la situación económica no presentaba ninguna de las dos graves amenazas inmediatas que habían pesado sobre las experiencias anteriores desde sus comienzos: la escasez de productos alimenticios, por un lado, y la presión de los trabajadores por recuperar el retraso de los salarios con relación a los precios, de otro ⁴⁶.

La evolución de los precios a partir de la mitad de marzo refleja el cambio producido por las medidas de baja. Los precios al por

* Véase REVISTA DE ECONOMIA POLITICA, vol. IV, núms. 1-2, pág. 118.

⁴⁶ Debido a los dos aumentos de salarios subsiguientes a la elevación del salario mínimo garantizado en marzo y septiembre de 1951, el nivel de salarios se encontraba por primera vez, con una cierta estabilidad, por encima del nivel de precios.

mayor, que en febrero no habían disminuido sino en un 0,5 por 100, bajan en marzo un 1,8 por 100, y un 1,77 en abril, repercutiendo su descenso en los precios al por menor, aunque con algún retardo y atenuación: 0,3 por 100 de baja en marzo (la primera en veintidós meses) y 1 por 100 en abril.

Mientras cunde el movimiento de baja y se van corrigiendo poco a poco los comportamientos inflacionistas de empresarios y consumidores, continúa en la Asamblea y el Consejo de la República la discusión del proyecto de «escala móvil de salarios», reivindicación esgrimida por los trabajadores desde marzo de 1951 y que había ocupado ya la atención parlamentaria en diversas ocasiones durante los últimos meses del año anterior (proyecto Coutant, en septiembre de 1951) y primeros de 1952 (proyecto del Gobierno Faure). El proyecto aprobado en febrero por la Asamblea vuelve a ser rechazado por el Consejo de la República, y Pinay, opuesto en principio a la idea de una «escala móvil», por temor a una perturbación de la incipiente estabilidad de precios⁴⁷, consigue aplazar su discusión hasta el 29 de mayo.

Entre tanto las medidas del programa inicial se suceden «conforme al plan previsto». La aprobación por el Parlamento de la «ley de finanzas», 12 de abril, consagra la amnistía fiscal y las economías presupuestarias, y el 26 de mayo se lanza el ya célebre «empréstito Pinay», orquestado por una sabia propaganda dirigida a excitar tanto el patriotismo de las clases ahorradoras, mediante lemas como el de la «defensa del franco»⁴⁸, como su confianza.

⁴⁷ Cfr. las declaraciones de Pinay el 10 de abril: «La escala móvil surge como una reacción defensiva de los trabajadores ante el fracaso de una política de precios» y, por tanto, como «una conclusión para una política pasada», pero no como «punto de partida para una política nueva». El Gobierno, de por sí, no habría propuesto nunca la institución de la escala móvil». Los sindicatos se encargaron de resaltar en seguida el fallo lógico de esta argumentación: si Pinay conseguía efectivamente estabilizar los precios, ¿por qué tener entonces la institución de una escala móvil que no tendría ocasión de actuar?

⁴⁸ Es interesante reproducir (porque informa bastante bien sobre el lenguaje empleado por Pinay dirigiéndose a la opinión pública) el llamamiento que, bajo el anuncio del «empréstito de la confianza», apareció firmado por él en algunos periódicos franceses por esas fechas: «Os pido que mostréis vuestra adhesión al pacto de honradez que ligará de ahora en adelante el Ahorro y

mediante la difusión de las especiales garantías de que se le había provisto con objeto de rehabilitar esta vieja y típicamente francesa virtud del ahorro entre la masa de los desengañados y ahuyentados por largos años de inflación. Estas garantías consistían esencialmente en la variación automática del capital de las obligaciones emitidas conforme a las variaciones del índice representativo de la cotización del napoleón de oro en el mercado libre, con lo cual se venía a establecer una verdadera «escala móvil» para el ahorro, poniéndole a salvo definitivamente de toda nueva devaluación o depreciación del franco producida por una futura reanudación del movimiento inflacionista⁴⁷. Con este empréstito «garantizado» al 3,5 por 100, cuya suscripción debía cerrarse a mediados de julio, Pinay contaba cubrir el grueso de la suma de 500.000 millones de francos asignada en el presupuesto a los recursos fiscales distintos del impuesto.

Durante mayo y junio los precios continúan bajando ininterrumpidamente. El índice de precios al por mayor desciende de 146,8 por 100 (base 100 en 1949) para el mes de abril, a 144,6 por 100 en mayo y 142,6 en junio, mientras el de precios al por menor pasa de 146,6 a 144,5 y 143,1 en mayo y junio, respectiva-

el Estado más allá del destino de los Gobiernos y de los hombres. Suscribiendo todos a este nuevo empréstito, cada uno en la medida de sus medios, haréis más que salvaguardar legítimos intereses. Aportaréis una contribución decisiva y necesaria a la empresa del resurgimiento nacional.»

⁴⁷ Esta nueva modalidad de empréstito con garantía oro fué muy discutida en sus primeros momentos, y lo continuará siendo probablemente hasta que se hayan comprobado sus verdaderos efectos sobre las técnicas habituales de emisión. Los unos le reprochaban una posible virtualidad inflacionista (Cfr. la discusión de esta objeción en *Études et Conjoncture*, sept-oct. 1952, págs. 411-415), los otros, el constituir una innovación demasiado arriesgada y grave, capaz de hacer más difícil en el futuro la colocación en el mercado de empréstitos más ortodoxos (palabras del informe trimestral presentado en septiembre por la Comisión Económica de Génova). En todo caso, parece ser que el sistema tiende a imitarse (véase la conferencia de prensa ofrecida por M. Villadier el 18 de octubre, presentando la nueva fórmula de empréstito «indexé» adoptada por l'Electricité de France para sus nuevas emisiones). Sobre el problema del índice a elegir, y de sus efectos, cfr. los dos interesantes artículos aparecidos en *Le Monde Econ. et Financier* de 21 de diciembre de 1952 y 4 de enero de 1953).

mente. La estabilidad parece conseguida por el momento, y el Gobierno, cumpliendo lo convenido, presenta a finales de mayo un nuevo proyecto de ley sobre la «escala móvil» de salarios, que después de ser aprobado por la Asamblea a principios de junio y rechazado de nuevo por el Consejo de República dos semanas más tarde es, finalmente, adoptado el 8 de julio en la versión emmendada propuesta por Pinay (variación automática y proporcional del «salario mínimo nacional interprofesional garantizado» en caso de aumento superior al 5 por 100 del coste de la vida según el índice de 213 artículos elaborado por el Instituto Nacional de Estadística, a partir de la cota 142 alcanzada en diciembre de 1951).

En realidad esta «escala móvil de salarios» no hacía sino consagrar jurídicamente un estado de hecho caracterizado, según ya hemos visto, por el automatismo del ciclo precios-salarios, y cuyo origen remontaba a los comienzos de la postguerra, presentando en cambio sobre la adaptación «natural» de los salarios al movimiento de los precios la ventaja de eliminar las inevitables fricciones del período de acomodación (huelgas, conflictos sociales), así como la realización abusiva por parte de los empresarios de anormales beneficios inflacionistas durante ese intervalo⁵⁰. Al mismo tiempo, sin embargo, ello venía a crear un nuevo riesgo para la política de estabilización de precios sostenida por el Gobierno, exponiéndola a los efectos de cualquier variación accidental o estacional con fuerza suficiente para aumentar el índice citado hasta la altura necesaria para poner en marcha nuevamente el pro-

⁵⁰ Tales fueron algunos de los argumentos empleados en la discusión entablada en torno a la conveniencia de una escala móvil de salarios (y cuyo hilo discursivo puede seguirse desde los informes presentados al Consejo Económico por M. Las-serre y otros en la sesión del 28 de octubre de 1949, con motivo de la vuelta a la libertad de convenciones colectivas, hasta las actas de las discusiones en la Asamblea y el Consejo de la República desde julio de 1951, así como en los numerosísimos artículos de todo género aparecidos durante todo el año en torno a esta cuestión). Es especialmente interesante la discusión emprendida entre Pierre DIETLEN y Gaël FAÏN en las páginas de la revista *L'Économie Contemporaine* (número de julio-agosto y septiembre 1951, págs. 1 y siguientes de ambos números), y el informe preparado por el Consejo Económico: «Étude de l'Échelle Mobile des salaires et de ses incidences économiques et financières» (*Bulletin du C. E.*, 9 de noviembre de 1951).

ceso (aumento del salario mínimo garantizado-aumento del nivel general de salarios-aumento del nivel de precios)⁵¹.

El mes de julio señala un cambio decisivo en la marcha de la experiencia Pinay. En primer lugar, las pérdidas causadas a la agricultura y la ganadería por la sequía y la fiebre aftosa comienzan a dejar sentir sus efectos, creando un peligroso estado de tensión sobre el precio de productos tan importantes para el consumo corriente como la leche y la carne⁵². Aunque el índice de precios al por menor señale un ligero descenso a finales de mes, la coyuntura económica ha dejado de ser tan favorable a la política de baja como al principio, y los meses siguientes harán pesar sobre ella la amenaza de unos precios en alza a consecuencia de esta simple variación accidental.

En segundo lugar, y coincidiendo con este empeoramiento de la situación económica, julio plantea, como todos los años, el problema crítico del precio del trigo (cuya cuantía se había mantenido invariable por el Estado desde agosto de 1951). Los cálculos oficiales colocaban al Gobierno ante un difícil dilema: o aceptar el aumento de precios consiguiente a la elevación de costes registrada desde aquella fecha por el Comité Nacional de Precios (aun a costa de exponer al fracaso el movimiento de baja, por las repercusiones psicológicas que no dejaría de tener el aumento en un precio-clave como el del trigo) o descartar este riesgo negándose a variarlo, aunque ello significase la imposición a los agricultores de un sacrificio cuya injusticia relativa era el Estado el primero en

⁵¹ M. SAUVY, presidente de la Comisión de la Coyuntura en el C. E., resaltaba en dos agudos artículos aparecidos en *Le Monde* («Des milliards sur une décimale», 12 y 13 de septiembre de 1952) las desastrosas consecuencias de un aumento de salarios mínimo garantizado por la variación de una simple decimales en el punto crítico del índice de los 213 artículos y la importancia de mantener dicho índice libre de presiones políticas en un sistema de escala móvil automática, al cual sirve de referencia.

⁵² Aunque la fiebre aftosa se traduce en un primer momento en un aumento del suministro de carne y un descenso de precios, debido al afán de los agricultores por deshacerse de su ganado lo antes posible en buenas condiciones de venta, las pérdidas iniciales y esta oferta excesiva traerán consigo más tarde una considerable reducción de abastecimiento, que hará subir los precios durante el mes de agosto y septiembre.

reconocer. Al optar por esta segunda alternativa ⁵³ Pinay esperaba salvar el segundo y más peligroso bache estacional del año; pero al mismo tiempo reconocía la imposibilidad de mantener por más tiempo la estabilidad de los precios con los métodos liberales y persuasivos que habían caracterizado su política durante estos cuatro primeros meses de fácil estabilidad ⁵⁴. A partir de este instante las tendencias al alza en determinados sectores y la misma creciente lentitud del movimiento de baja obligarán a Pinay a adoptar una nueva política, consistente en imponer autoritariamente a los distintos grupos sociales los sacrificios y limitaciones prohibitivas requeridos en cada momento por la política de baja. Lo grave es que con ello la experiencia Pinay perderá su base psicológica más firme (la confianza en la persuasión y la reconfortante sensación de impunidad y retorno al liberalismo que ella comunicaba a los empresarios), y que al sentirse afectados los grupos más adictos al nuevo presidente (agricultores, pequeños comerciantes e industriales) le irán retirando su apoyo uno tras otro en una lenta trama de deserciones que conducirán al desenlace final de diciembre.

La publicación de los resultados del empréstito a finales de julio ofrece a los enemigos iniciales de la experiencia Pinay la ocasión de explotar hasta el máximo este incipiente estado de malestar, proclamando triunfalmente el acierto de sus previsiones escépi-

⁵³ El precio se mantuvo a 3.600 francos el quintal, en lugar de aumentarse a 3.750, como hubiera sido preciso según el C. N. P., y Pinay se limitó a conceder a los productores de trigo la garantía de una «cláusula de salvaguardia», cuyo funcionamiento se inspiraba también en el principio de la escala móvil (aunque muy limitadamente, en el sentido de que si una serie de elementos —salarios, precio del acero y el carbón, electricidad y abonos— aumentaba en un 10 por 100, el precio del quintal se veía aumentado en 150 francos).

⁵⁴ En efecto, la baja de precios había sido llevada a cabo conforme a estos principios más por iniciativa voluntaria de los grandes establecimientos comerciales y organizadores profesionales que en cumplimiento de un decreto de baja. Cfr. *Études et Conjonctures*, septiembre-octubre 1952, págs. 437 y ss.: los grandes almacenes fueron los primeros en decidir el 20 de marzo una baja del 5 por 100 en una serie de artículos. Cfr. también *L'Économie*, 29 de mayo de 1952 («Premier bilan d'une stabilisation monétaire», págs. 14 y ss.): la política de baja de precios de Pinay se distinguía de las anteriores experiencias autoritarias en no tratarse de una baja autoritaria generalizada, sino de una baja voluntaria en función de las posibilidades existentes en cada sector.

ticas. Una verdadera nube de «balances» (algunos prudentemente «provisionales», otros condenatorios rotundamente) aparecen en el espacio de pocos días, llenando la prensa y las publicaciones económicas. En general, los 200.000 millones de francos suscritos en «dinero fresco» (de ellos 15.000 sólo en oro, unas 35 toneladas aproximadamente) se consideran un éxito muy relativo frente a las 3.000 toneladas de oro atesoradas por los franceses y a los 500.000 millones de francos con que se esperaba cubrir el grueso de las necesidades extraordinarias del presupuesto votado en abril.

En vano Pinay intenta hacer ver el valor de los resultados obtenidos después de dos años en que ningún Gobierno había conseguido colocar un solo empréstito a largo plazo y la precipitación de todo balance a los cuatro meses de una política «que se había fijado como meta borrar las huellas dejadas en la economía y grabadas hasta en las conciencias por trece años de inflación ininterumpida»⁵⁵. La perspectiva de otro nuevo déficit presupuestario a finales de año, unida a la insuficiencia de la baja obtenida⁵⁶ para conseguir los resultados que de ella se esperaban (revalorización del poder adquisitivo de salarios y créditos públicos, expansión de las exportaciones por eliminación del desnivel con los precios extranjeros), hacen surgir los primeros síntomas de inquietud, que el descenso de la actividad industrial viene a agudizar a pesar de iniciarse, como todos los años, al comienzo de la *season creuse* veraniega. En una declaración solemne de su Comité directivo, presidido por Guy Mollet, el partido socialista se apresura a anunciar «la bancarota de los métodos liberales», incapaces de obtener el menor sacrificio de las clases privilegiadas. Y el Presidente de la República, M. Vincent Auriol, habla en un discurso de «hacer entrar en razón a los que viven de nuestras desgracias», pensando

⁵⁵ Discurso retransmitido del 24 de julio de 1952, comentando el mantenimiento de un precio invariable para el trigo y los resultados del empréstito.

⁵⁶ De un 5,9 por 100 en el índice de precios al por mayor y de un 3,6 por 100 solamente en el de precios al por menor, en lugar del 7 u 8 por 100 que se creía posible en éstos y de 10 por 100 e incluso más en aquéllos. Téngase en cuenta además que la cota de 142,8 registrada en julio para los precios al por menor será el punto mínimo alcanzado en la campaña de baja, y que en adelante el índice fluctuará en torno a 144 (144,9 en octubre, 144,3 en noviembre y más de 145 en septiembre y diciembre).

probablemente en la creciente re-istencia de los intereses creados en el comercio y en la industria a adherirse sin reticencias a la política de baja. Por su parte, Pinay anuncia «medidas duras» para su vuelta a la actividad política después del mes tradicional de vacaciones parlamentarias.

Cuando esto ocurre, a fines de agosto, Pinay se encuentra con una situación aún más crítica. Por primera vez desde el comienzo de la experiencia el índice de precios al por menor ha registrado un visible aumento con relación al mes anterior, que aunque claramente debido a factores estacionales y accidentales ⁵⁷, y de ligera cuantía, pone en tela de juicio la persistencia del movimiento de baja y actualiza la amenaza siempre pendiente del mecanismo de escala móvil de los salarios. Ello hace que Pinay abandone sus últimos escrúpulos ⁵⁸ y se muestre decidido a emplear todos los medios a su alcance, sin más criterio que el de su eficacia en la consolidación de la baja. Al anuncio de una mayor severidad en la aplicación de la ley votada en julio para perseguir las ententes comerciales practicantes del sistema de precios mínimos impuestos a determinados artículos de su competencia ⁵⁹ sucede, con diferen-

⁵⁷ La elevación de precios se limitaba al sector de la alimentación, y concretamente a la leche y la carne. El índice de agosto traducía la disminución del poder en calorías de la leche, mientras que el de septiembre traducía el aumento de precio concedido por el Gobierno. En ambos meses el precio de los productos manufacturados continuó bajando sin interrupción.

⁵⁸ Las declaraciones sensacionalistas publicadas por la prensa a la vuelta de Pinay parecieron indicar un cambio explícito de actitud por parte de éste, si bien el anuncio de una acción más enérgica sobre los precios significaba seguramente más una maniobra de habilidad política que el propósito decidido de recurrir a medidas autoritarias. Sólo más tarde, el 13 de septiembre, Pinay da el paso definitivo con la imposición del tope máximo para todos los precios.

⁵⁹ La ley sobre precios impuestos de 19 de julio de 1952 constituía en realidad una adición al art. 37 de la ordenanza de 1945, relativa a la represión de las infracciones a la legislación económica, asimilando a las prácticas ilícitas «el hecho de conferir, mantener o imponer un carácter mínimo al precio de productos o prestaciones de servicios, sea por medio de tarifas profesionales, sea en virtud de ententes». La práctica de imponer precios mínimos mediante acuerdos profesionales o la formación de ententes con ese fin exclusivo se había hecho cada vez más frecuente, según parece, debido sobre todo al clima inflacionista de postguerra y a la desaparición progresiva de toda noción de competencia. Este será el «dirigismo privado» de que hablará Pinay en su discurso balance de diciembre, al exponer los resultados de la lucha contra las ententes profesionales.

cia de escasos días, la puesta en práctica de una medida a la que Pinay ya había recurrido en 1949 como secretario de Estado en los Asuntos Económicos bajo el Ministerio Queuille: la fijación de un tope máximo general para todos los precios al nivel alcanzado el 31 de agosto, con prohibición de sobrepasarlo sin previa autorización gubernativa. Esta última medida, acogida con sorpresa y reserva en los medios profesionales, traslucía los temores gubernativos ante el continuo aumento de los precios al por menor durante las primeras semanas de septiembre, y el afán de poner a salvo los resultados obtenidos contra toda posible alza. Al mismo tiempo se trataba con ella de dar tiempo al gobierno para proceder a un examen a fondo de los factores de resistencia a la baja, mostrando, por tanto, la firme voluntad de proseguir en la política de baja (a cuyo efecto, una serie de bajas autoritarias de precios son decretadas al mismo tiempo que se fija un tope máximo para los precios). Pinay insiste en que tal tope no debe interpretarse como una vuelta a los «bloques» de precios, ni a las tasaciones reglamentarias de los tiempos de economía dirigida (que siempre habían acabado alineando todos los precios sobre el fijado como máximo), sino como un límite por debajo del cual cabían todas las fluctuaciones descendentes permitidas por las bajas mínimas posibles⁶⁰. El paso, sin embargo, ha sido grave, y el recuerdo de las medidas anteriores a 1949 aumenta el recelo de industriales y comerciantes, defraudados ante el rumbo autoritario que va tomando la experiencia Pinay⁶¹.

Este recelo del comercio se convierte en oposición violenta, y la sensación de recaída en los métodos «dirigistas» se hace definitiva cuando, el 20 de septiembre, el Gobierno implanta de nuevo con carácter obligatorio para frutos, legumbres y otros productos el

⁶⁰ Cfr. los discursos de 13 de septiembre y de 22 del mismo mes en la feria de Saint-Etienne.

⁶¹ Aunque el Consejo Nacional del Patronato Francés se declara dispuesto a aceptar las decisiones gubernativas, no duda en manifestar sus dudas acerca de su utilidad, reprochando sobre todo al sistema adoptado su excesiva rigidez y la ausencia de excepción alguna en favor de determinados productos cuyas variaciones estacionales harían esperar forzosamente el traspaso del dintel, por otra parte arbitrario, del 31 de agosto. Respondiendo a estas objeciones, algún tiempo más tarde se excluirá por el Gobierno a las frutas, legumbres y pescados del decreto general del 12 de septiembre.

sistema de doble etiqueta ensayado en noviembre de 1947 por Jules Moch⁶². Un verdadero concierto de protestas se eleva de la Confederación de Pequeñas y Medianas Empresas, del Consejo Nacional del Comercio y de la Confederación parisiense de la Alimentación, que consideran denigrante para el comercio la sospecha de unos márgenes excesivos de beneficios. En su afán de justificarse ante la opinión pública, industriales, comerciantes y agricultores se esfuerzan a porfía por cargar sobre los otros la responsabilidad de la resistencia a la baja. El llamamiento a la solidaridad que en Aurillac les dirige el Presidente del Consejo exhortando a que «cada uno a una plena y lealmente sus responsabilidades, sin esperar de los demás un esfuerzo previo», encuentra escaso eco en los medios profesionales. *vox clamantis* en un desierto que los egoísmos exasperados a la defensiva van haciendo cada vez más inhóspito.

En esta atmósfera de tensión, Pinay decide iniciar la segunda fase de su programa o «etapa de las reformas fundamentales». El sector de la distribución recibe una atención preferente que se explica pensando en la persistente divergencia de los precios al por mayor y al por menor⁶³. El Ministro de Industria y Comercio,

⁶² Como es sabido, tal sistema tenía por objeto ofrecer un fácil medio de control del precio cargado por el detallista al producto comprado al por mayor. La doble etiqueta se había revelado enteramente ineficaz en 1949, y es de pensar que si Pinay se decidió a ponerla en práctica nuevamente ello era más por el efecto psicológico que pudiera ejercer sobre la opinión y como parte de la campaña dedicada a interesar al consumidor en el retorno a la concurrencia que en razón a su eficacia como medio de control.

⁶³ Durante toda la experiencia los precios al por menor se habían mantenido por encima de los precios al por mayor, con una notable diferencia, mostrando una marcada resistencia a repercutir la baja registrada en el estadio de la producción al por mayor. La diversa incidencia de esta baja en cada una de las partidas del índice de precios al por menor podría ser una medida del grado de competencia y del peso del aparato distributivo en cada una de ellas: escaso grado de competencia y circuitos distributivos muy recargados en el sector de la alimentación, mayor competencia y menor peso distributivo en el sector de los productos manufacturados (en diciembre la baja de éstos era del 4.7 por 100, mientras la de la alimentación alcanzaba un 2.6 por 100 solamente con relación a febrero).

El problema de la distribución ha adquirido una especial gravedad en Francia con la multiplicación del comercio al por menor a partir del final de la guerra (en número de 101.000 entre 1945 y 1948, según los datos del Con-

M. Louvel, presenta ante el Consejo de Ministros un proyecto de reforma de la distribución, avanzándose igualmente en la preparación de los proyectos de reforma fiscal y administrativa. Septiembre acaba con un débil aumento de los precios al por menor, a pesar de las importaciones masivas de carne, queso y mantequilla efectuadas por el Gobierno para contrarrestar las tendencias al alza en estos productos⁶⁴.

La creciente hostilidad hacia el presidente Pinay encuentra abundantes ocasiones de manifestarse en los congresos nacionales de los diversos partidos políticos reunidos durante el mes de octubre con objeto de definir su política para el periodo parlamentario siguiente. El MRP, el RPF, incluso el grupo formado por los republicanos independientes formularán las más severas críticas contra la

sejo, Nacional de Comercio). Ello ha elevado los gastos de distribución a un 10 por 100 del total de precios y creado una serie de unidades marginales, cuya supervivencia se basa únicamente en el mantenimiento de altos precios al por menor y elevados márgenes de beneficios en proporción al volumen de negocios. El Consejo de Economía Nacional se había ocupado ya de la cuestión en 1946, encargando a una Comisión del Coste de la Distribución, formada por MM. Roussel, Fayol, Gazier y otros, de preparar un informe, cuyas conclusiones pueden verse en *Droit Social* (junio 1946, págs. 224 y ss.). La constatación del excesivo coste de la distribución como una de las principales causas del elevado nivel de precios francés es, por otra parte, un lugar común de toda la literatura económica de postguerra (vid., por ejemplo, los comentarios a la actualidad económica de SAVY, en *Droit Social*, y los diversos trabajos del INSEE, ya citados).

El proyecto de M. Louvel se dirigía principalmente contra el sistema de egerencia libre, empleado por los capitalistas como subterfugio para precaverse de la desvalorización monetaria, y que ha jugado en la inflación francesa el mismo papel de avalor refugio que el oro. Coincidiendo con el proyecto gubernativo, el Consejo Económico fué encargado de estudiar la reforma del circuito distributivo en la fruta y legumbres, cuyas sugerencias serían más tarde recogidas por el Gobierno.

⁶⁴ Si el mantenimiento de un precio invariable para el trigo había valido a M. Pinay las suspiracias de los agricultores, estas importaciones masivas le ganarán su enemistad, manifestada primero por los diputados del *parti paysan*, con la amenaza a Pinay de retirarle su apoyo, y después por la *Fédération des Exploitants Agricoles*. Contestando a sus reivindicaciones, Pinay pondría de relieve que las importaciones decididas por el Gobierno no eran sino la consecuencia de las cifras en que ellos mismos habían calculado las pérdidas de ganado por fiebre aftosa.

experiencia Pinay, que es tachada de deflacionista, estacionaria e hipotecadora del porvenir nacional.

El índice de precios al por menor reanuda su descenso, pero todo parece indicar que el movimiento de baja está tocando a su fin. A pesar del otoño, la actividad industrial progresa lentamente, y el Gobierno se ve conminado por todas partes a efectuar cuanto antes las bajas aún posibles y a iniciar una nueva política expansionista capaz de sacar de su estancamiento a la actividad económica.

A finales de octubre el Gobierno deposita ante la Asamblea el proyecto de reforma fiscal, comenzando al mismo tiempo la discusión de las previsiones presupuestarias para 1953. La negativa de la Comisión de Finanzas a examinar el proyecto de reforma fiscal propuestos por el Gobierno hace que Pinay lo incluya en la ley presupuestaria y plantee sobre ambas la cuestión de confianza. A pesar de su moderación⁶⁵, la reforma fiscal suscita una viva oposición por parte de industriales, comerciantes y agricultores, temerosos de un mayor control fiscal de sus ingresos.

Aunque el descenso de los precios al por menor se mantiene a lo largo de noviembre, su evolución ya no se interpreta tan favorablemente como los primeros meses. Todas las miradas convergen ahora sobre el ritmo de la actividad económica, que sigue sin dar señales de recuperación. Las cifras de paro aumentan y algunas fábricas importantes reducen su jornada de trabajo. El arraigado y patológico horror de los franceses hacia el menor síntoma de depresión económica no espera a más para reaccionar, poniendo el grito en el cielo contra las consecuencias de la experiencia Pinay

⁶⁵ En realidad la reforma propuesta se reduciría a simplificar el sistema impositivo mediante la fusión de impuestos diversos sobre la producción en uno sólo (*taxe unique sur la valeur ajoutée*), y la modificación de los métodos de evaluación de la base impositiva, a juzgar por la exposición de motivos del proyecto depositado en la Asamblea el 29 de octubre y las críticas y comentarios suscitados en la prensa y en las publicaciones económicas. Era esta última modificación (y no una mayor progresividad del impuesto sobre la renta, mantenido invariable, ni la creación de nuevos títulos contributivos) la que hacía temer un aumento de la imposición al basarse ésta en la aplicación de un coeficiente determinado a la renta catastral y al volumen de negocios en vez de buscar la determinación de los ingresos reales.

y acusando a éste de «haber pagado demasiado cara la detención de la inflación».

La oportunidad no pasa inadvertida a la oposición parlamentaria, que ve llegado el momento del ataque final. Muy hábilmente, la discusión de los proyectos gubernativos es llevada al terreno propicio de la política económica general (en lugar de centrarla en cuestiones parciales de política fiscal o técnica hacendística)⁶⁶, y allí el Gobierno es obligado una y otra vez a defenderse del cargo deflacionista. A medida que el año se aproxima a su fin, la situación del Gobierno se va haciendo cada vez más insostenible. Un cambio súbito de situación económica, debidamente explotado ante la opinión pública, hubiera dado a Pinay el argumento dialéctico requerido para confundir a sus adversarios. Pero la actividad económica persiste en su tónica de estancamiento durante todo el mes de diciembre, y cuando Pinay (que ha consentido ya en retirar de la ley presupuestaria el proyecto de reforma fiscal) empeña el combate decisivo ante la Asamblea para lograr la aprobación del nuevo presupuesto, la batalla está perdida de antemano. El 23 de diciembre, al conocer la decisión del MRP de abstenerse en la vota-

⁶⁶ Para comprobarlo basta hojear el informe presentado por M. Charles Baran el 3 de diciembre en nombre de la Comisión de Finanzas y la intervención de M. Mendès-France en la discusión de las previsiones presupuestarias gubernativas el 13 de noviembre. La interpretación que hemos dado de la caída del Gobierno Pinay sería discutible si el decrecimiento de la actividad económica no hubiera sido tan palpablemente el argumento central en el que convergieron todas las críticas dirigidas contra Pinay, tanto respecto a su política pasada como a la propuesta para el futuro. Incluso ataques muy concretos, como el referente a los medios de que el Gobierno se había valido para cubrir las cifras asignadas a recursos de Tesorería (consistente, según parece, en una suscripción anormal de la Banca privada a los bonos del Tesoro, muy por encima del mínimo exigido por la Banca central, y que hizo pensar en una connivencia de ésta con el Gobierno Pinay), venían a parar en último extremo a la acusación de deflación. El antecesor de Pinay en la Presidencia del Consejo, Edgar Faure, que suscitó la cuestión en dos resonantes artículos aparecidos en *Le Monde* («Le drame de la Trésorerie», 11-12 diciembre 1952), explicaba, en efecto, esta anormal suscripción a los bonos del Tesoro como un signo evidente del decaimiento de la actividad económica, que permitía aumentar los depósitos realizados por los comerciantes en los Bancos y obligaba a éstos a traducir en bonos del Tesoro esos depósitos, e incluso en proporción mayor a la exigida, por temor a un descenso del tipo máximo de redescuento.

ción de una de las cuestiones de confianza sobre el presupuesto presentado. Pinay presenta su dimisión sin esperar siquiera a saber el resultado del escrutinio.

IV. INVENTARIO DE LA EXPERIENCIA PINAY

Aunque nacida con aliento para mayores empresas, la «experiencia Pinay» ha venido a acabar como sus precedentes, haciendo honor *a posteriori* al carácter de ensayo que se había asignado en su nombre de pila. De ellas la separan, sin embargo, una serie de notas distintivas que la convierten en el más importante ensayo de política económica conocido en Francia desde la Liberación: en primer lugar, el haber conseguido (y, según todos los síntomas, de manera bastante definitiva) el objetivo inmediato al cual tendían esencialmente las experiencias precedentes, es decir, la detención de la inflación; en segundo lugar, su misma duración e importancia a otros muchos respectos, tanto por la novedad de la concepción como por la de los métodos, unido todo ello a un enorme valor pedagógico derivado del hecho de haber constituido la «experiencia Pinay» el escenario en que muchas fuerzas sociales se vieron obligadas a desenmascarar los intereses creados subyacentes a la doctrina económica por ellos mantenida, y a definir (contradictoriamente) su actitud vacilante ante la clara necesidad de elección impuesta por las disyuntivas excluyentes de la política económica francesa.

El primero es ya un mérito suficientemente valioso que amigos y enemigos están de acuerdo en reconocer a Pinay como una partida indiscutible de su activo⁶⁷. Por primera vez en Francia desde la Liberación, durante nueve meses seguidos los precios se han mantenido relativamente estables, sin que ninguna explosión alcista haya venido a subrayar (como era de rigor en años anteriores) el final de la experiencia estabilizadora emprendida.

⁶⁷ Dejando a un lado las interpretaciones extremas, de origen claramente partidista, según las cuales la tendencia a la estabilidad vino impuesta por la coyuntura mundial, sin que Pinay haya tenido más mérito que el haberla permitido trascender a la economía francesa con su llegada al Poder sustituyendo a Edgar Faure.

Pero las opiniones ya no son tan unánimes en lo que se refiere a otras partidas del activo y, sobre todo, a las que deben incluirse en su pasivo. ¿Hasta qué punto puede considerarse un triunfo la solución dada por Pinay a los problemas críticos (baja de precios, comercio exterior, desequilibrio presupuestario) que se había formalmente comprometido a resolver?

Y aun pensando en la misma estabilidad conseguida, ¿no podría acusarse a Pinay de haberla pagado a un precio demasiado elevado, poniendo en peligro por su causa a factores tan vitalmente necesarios para una economía como el mantenimiento de su ritmo de progreso económico?

Aquí es donde las discrepancias de juicio se tornan frecuentemente apasionada polémica e irreconciliables las posiciones contrapuestas adoptadas. Los adversarios tienen buenas razones para justificar sus argumentos. ¿No había descendido en noviembre el índice de precios al por menor solamente un 2.8 por 100 con relación a febrero, en lugar del 10 por 100 que se intentaba conseguir? Y si esta baja de precios era insuficiente para revalorizar el poder adquisitivo de los franceses en el interior ¿cómo no iba a serlo para resolver el problema de la exportación francesa, abocada a luchar con unos precios 20 por 100 mayores que los extranjeros? El considerable déficit de la balanza de pagos y el agravamiento de la posición deudora de Francia en el seno de la U. E. P. al final de 1952 no eran sino la prueba de que el problema creado por la disparidad de nivel de precios con relación al extranjero persistía en toda su intensidad, y de que la baja Pinay no hubiera podido por sí sola hacerla desaparecer⁶⁸. Finalmente, y a pesar de la novedad

⁶⁸ Generalmente esta insuficiencia de la política de baja y de subvenciones a la exportación llevada a cabo por Pinay se interpreta como una prueba de la urgencia de una nueva devaluación del franco. Pinay se negó rotundamente en todo momento a recurrir a este medio, bien consciente de sus seguros efectos inflacionistas. Al final de la experiencia especialmente, los partidarios de la devaluación presentaban insistentemente ésta a Pinay como el único medio capaz de sacar de su atolladero al comercio francés y de asegurarle una lícita permanencia en el Poder. La intención de estos cantos de sirena era un tanto insidiosa, y no es ir demasiado lejos pensar que uno de sus fines era tentar a Pinay para que llegase a desacreditarse a sí mismo y reconocer su fracaso recurriendo a un instrumento de cuya negación había hecho un *slogan* emblemático (*pas de dévaluation, pas de impôts*, etc.). Aunque es más sencillo atribuir-

de los medios puestos en juego para cubrir el déficit presupuestario, ¿no hacía prever la situación financiera a finales de año un recrudecimiento para el período crítico de enero-febrero, de las mismas dificultades con que había topado el Gobierno anterior por parecidas fechas? ⁶⁹.

Y si quedaban en pie todos estos problemas, que según el programa de marzo hubieran debido encontrar solución en la baja de precios y el empréstito, ¿qué decir del descenso de la actividad económica, la amputación de las inversiones y la escasa atención prestada por el Gobierno Pinay (incluso en las previsiones presupuestarias para 1953) al acuciante problema de la construcción? ⁷⁰.

Una simple ojeada a esta serie de críticas descubre, por lo pronto, algo ya muy elocuente respecto a su sentido: la considerable diversidad de posiciones desde las cuales se ataca simultáneamente a la experiencia Pinay. En efecto, ésta no es sólo censurada por sus resultados, sino por sus métodos; y en cuanto a aquéllos, no sólo por sus resultados inmediatos, a corto plazo, sino en función también de una serie de objetivos (como una política de fomento de la productividad, de la construcción o de inversiones) cuya realización no puede exigirse evidentemente más que a largo plazo.

Ello quiere decir que, en líneas generales, las críticas dirigidas contra Pinay han venido a caer en el frecuente sofisma dialéctico de criticar una política económica cuyo tiempo de vida y cuyos

lo al deseo oculto de muchos empresarios de volver a la facilidad proporcionada por la inflación (cfr. el artículo «La nostalgie de l'inflation», de Maurice DUVENGER, aparecido en *Le Monde* del 20 de diciembre de 1952).

⁶⁹ Esta era, en realidad, la finalidad autojustificativa del artículo de Edgard FAURE, citado, en el cual, después de pasar revista al *impasse* de 615.000 millones de francos a cubrir por recursos de Tesorería, y a los 400 o 450.000 obtenidos como máximo por Pinay, se concluye prediciendo que el período complementario de enero-febrero «tropezará con una dificultad del mismo orden esencialmente que la que nosotros hemos tenido que afrontar».

⁷⁰ A estos motivos de crítica conviene añadir la referente a los puntos siguientes: primero, los métodos autoritarios empleados para conseguir y asegurar la baja de precios socialmente injustos (amnistía fiscal) y financieramente discutibles (reducción de las inversiones, garantía oro para el empréstito) para conseguir el equilibrio presupuestario; segundo, inexistencia de una política de fomento de la productividad (RPF, socialistas); tercero, inexistencia de una verdadera reforma fiscal (RPF, CGT-FO); cuarto, inexistencia de una política de la construcción (todos los partidos políticos sin excepción).

objetivos inmediatos no traspasan el límite del *short run*, con argumentos sólo válidos para una política a largo plazo. Al exponer el programa Pinay de política económica insistíamos en el hecho de que éste había sido concebido con arreglo a una estricta ordenación temporal, distribuyendo su ejecución en una serie de etapas netamente separadas entre sí, la realización de cada una de las cuales constituía una condición precisa para poder pasar a la siguiente. La primera etapa, consagrada a la detención de la inflación, era la única cuyo objetivo había de cumplirse a corto plazo. Las restantes (etapa de las reformas fundamentales y etapa de expansión) se proponían visiblemente objetivos a largo plazo, cuya consecución requería un mayor espacio de tiempo y la realización de premisas enteramente distintas de las suficientes para cortar en lo inmediato el proceso inflacionista.

¿Comprendieron los impugnadores de Pinay el sentido de esta sucesión temporal en la cual él insistía tan reiteradamente? Nos parece que no. Al menos de otra forma no podría entenderse que en el mismo momento en que Pinay acaba apenas de asegurar la detención de la inflación y se prepara a iniciar las reformas fundamentales necesarias para eliminar sus factores estructurales, un imponente tribunal inquisitorial se alce contra él exigiéndole que demuestre no sólo la obtención de resultados inaccesibles mientras existiesen dichos factores, sino incluso el haber realizado las condiciones requeridas para el «engrandecimiento y expansión económica» de Francia.

Al razonamiento anterior podría objetarse que «la baja de precios y el equilibrio presupuestario, por lo menos, eran objetivos a corto plazo incluíbles en el más amplio de detención de la inflación, no obstante lo cual es evidente que Pinay no ha conseguido alcanzarlos». Dejando a un lado la cuestión de si Pinay hubiera o no podido hacerlo, de haber continuado más tiempo en el poder (y al menos en lo referente al equilibrio presupuestario cabe conceder un margen de confianza al hombre que demostró tener recursos suficientes para salir del callejón sin salida en que se encontraba la Hacienda francesa en marzo de 1952), hay un hecho indudable que también ha sido intencionadamente pasado por alto (ya nos explicaremos más tarde por qué), y es que cuando, una vez detenidos los comportamientos inflacionistas y puesto el

freno a los engranajes claves del mecanismo inflacionista, los precios se mostraron reacios al descenso, y problemática la cobertura de las previsiones presupuestarias para el período complementario de enero-febrero, ello indicaba precisamente que los factores estructurales de inflación habían ya comenzado a entrar en juego⁷¹, y que se había alcanzado el tope máximo compatible con las condiciones existentes en marzo de 1952. En consecuencia, debía haberse comprendido que mientras no se modificasen estas condiciones por eliminación de los factores estructurales de inflación que las conformaban, éstos imposibilitarían todo intento de proseguir el esfuerzo de baja o la lucha por el equilibrio presupuestario con los mismos procedimientos empleados en la primera etapa. Ello hubiera conducido a que, en lugar de exigir que con la simple detención de la inflación desapareciesen como por arte mágico las deformaciones introducidas en la vida económica francesa por una excesivamente larga experiencia inflacionista, se reconociese su existencia y se diese al Gobierno Pinay el tiempo y los medios necesarios para llevar a cabo esta segunda etapa.

Pero es muy de temer que aunque amigos y enemigos hubieran sido más pacientes en la apreciación de los resultados obtenidos, y

⁷¹ Esta intervención fué particularmente visible en la detención del movimiento de baja. Llegado un determinado momento los precios al por menor mostraron una invencible resistencia a descender por debajo del 2 a 3 por 100 con relación a febrero, alcanzando en los primeros instantes (después de las elevaciones registradas en agosto y septiembre el índice ya no volverá a ser inferior —salvo en noviembre— a la cota de 144.5 alcanzada en mayo). Ello se debía al defectuoso sistema de distribución comercial ya aludido y a la rigidez introducida por la inflación, de que en seguida hablaremos. Como el problema era más angustioso en el comercio exterior que en ningún otro sector económico interesado en la baja de precios fué de él de donde surgió la primera constatación de los factores de inercia discernibles en el nivel de precios franceses. La Dirección General de Precios fué encargada de estudiar las razones de divergencia con los precios extranjeros. De sus conclusiones puede deducirse esencialmente que si los precios franceses no podían continuar bajando más que muy ligeramente, a pesar de la detención de la inflación, ello era debido a que la elevación de los elementos fijos del coste de producción (salarios, impuestos, precio de la energía, etc.) provocada por la inflación era irreparable, no pudiendo enmendarse sino por presión sobre otros puntos del mecanismo de precios susceptibles de alivio por aumento de la producción o mejoría en la distribución.

de mayor generosidad en la prolongación de su vida, la historia habría acabado repitiéndose de todas formas, cuando en el curso de las reformas fundamentales la irrefrenable inquietud por la expansión económica francesa hubiese llevado a los franceses a exigir en la segunda etapa la consecución de los objetivos señalados para la tercera. Toda la IV República ha transcurrido (y nacido) bajo el signo de una excesiva impaciencia crítica, despótica en sus despidos, y soberbia, demagógicamente dispuesta a exigirlo todo, de una vez, al imprudente Presidente del Consejo que haya comenzado a dar algo poco a poco.

La inconsistencia del ataque emprendido contra Pinay cuando se tiene en cuenta el significado que él claramente asignaba a cada etapa se hace patente sobre todo en el argumento acaso más eficaz de todos los empleados por sus adversarios políticos: la congelación de créditos para inversiones públicas decidida en el presupuesto para 1952 votado en abril. Si Pinay se decidió a sacrificar momentáneamente las inversiones fue porque comprendía que sólo así podría garantizarse honradamente a la opinión pública un equilibrio presupuestario capaz de influir por su solo anuncio en los comportamientos inflacionistas. Al proponerlo a la Asamblea y aprobarlo ésta era bien evidente que se estaba dispuesto a sacrificar a la consecución de la primera etapa (detención de la inflación) objetivos menos urgentes que sólo deberían perseguirse mucho más tarde. Pero una vez que el apuro hubo pasado y que, al desvanecerse, la preocupación inflacionista dejó de ser la pesadilla cotidiana amenazando cada mañana con el recuerdo tétrico de la Alemania del 1920 al 1923, los diputados se sintieron con la tranquilidad de espíritu requerida para el ejercicio de las altas virtudes críticas y el deber de demostrar (por exclusión) a su clientela electoral la infalibilidad del propio programa en la resolución de los problemas fundamentales de la nación. Y entonces pudo verse cómo aquel recurso a corto plazo empleado por Pinay con evidente carácter transitorio para la detención de la inflación, pasó a ser la prueba más flagrante de la preterición por parte de aquél, de los objetivos dinámicos asignados a la economía francesa en la euforia de la Liberación.

Gran parte de estas confusiones se habrían evitado si en el enjuiciamiento de la experiencia Pinay se hubiera tenido bien pre-

sente un esquema preciso de los objetivos alcanzables a corto y a largo plazo, y de los medios necesarios para conseguir cada uno de ellos. En este caso sólo cabrían dos puntos de discrepancia (dados ciertos medios): la determinación del límite que separa el corto del largo plazo, y la de los objetivos susceptibles de realización en cada uno de ellos. Las cuestiones claves hubieran sido entonces: ¿Traspasó Pinay con su primera etapa el tiempo máximo asignable a una política económica a corto plazo? Y, en caso negativo, ¿era posible de todas formas exigirle a corto plazo la realización de los objetivos cuya preterición se le reprochaba? La respuesta a ambas preguntas nos parece tan evidente que es preciso buscar por otra parte el motivo capaz de explicar la desaprobación del programa Pinay cuando éste se encontraba en su segunda fase de realización solamente. Tal motivo no parece haber sido ni las reformas anunciadas o iniciadas por el Gobierno⁷², ni la coincidencia con la discusión de las previsiones presupuestarias para 1953, sino esencialmente el considerarse desastrosa para los fines apuntados en la tercera fase, la situación económica en que pretendía realizarse la etapa de las reformas fundamentales. Lo que en definitiva exigían de Pinay los franceses era, según hemos visto, que detuviese la inflación y realizase las reformas fundamentales (a ser posible poco fundamentales) sin tocar para nada el ritmo de progreso económico mantenido desde 1947 a 1952 por el esfuerzo de reconstrucción, el Plan Monnet, la ayuda americana y una atmósfera inflacionista general que hacía rentable *ipso facto* a todo negocio capaz de aprovecharse del previsible carácter dinámico de precios y salarios.

Y así, cuando ese ritmo pareció peligrar a finales de 1952 por el relativo decrecimiento registrado en la actividad económica, la opinión se mostró lo suficientemente pasiva para que en la Asamblea sus compromisarios pudiesen descalificar a Pinay so pretexto de salvaguardia del porvenir nacional. Hace falta decir que aquí intervino no sólo el horror a la depresión antes mencionado, sino

⁷² Ya que la reforma fiscal había sido retirada por Pinay de la consideración de la Asamblea y la reforma de la distribución, a juzgar por los comentarios de los organismos profesionales interesados, no suscitaba excesiva oposición (acaso por no proponerse grandes fines tampoco).

también su auverso cíclico: el instintivo apego de los franceses a la actividad febril que trae consigo todo proceso inflacionista⁷³.

La conjunción de estos dos poderosos sentimientos explica sobradamente el escaso éxito de Pinay al pretender justificar el discutido estancamiento de la actividad económica subsiguiente a la detención de la inflación, estancamiento que hubiera tenido lugar forzosamente por una serie de razones ajenas en absoluto a la política seguida por Pinay⁷⁴. Según éste, a la estabilidad conseguida no podía considerársela como responsable del sentido adoptado por la coyuntura económica. La estabilidad se limitaba «a revelar simplemente el estancamiento instituido durante el período de inflación», haciendo necesaria una nueva ordenación de valores como firme base para una verdadera expansión económica⁷⁵. «Al abrigo

⁷³ Se puede hablar en términos nacionales, ya que en el mantenimiento de un rápido ritmo económico de carácter inflacionista se encontraban interesados no solamente los que sintieron la *nostalgie de l'inflation* cuando Pinay vino a hacer peligrar sus negocios de carácter más o menos especulativo (especuladores profesionales, intermediarios, empresas marginales, poseedores de bienes reales —oro, divisas, mercancías—; cfr. el art. de DEVENGER cit.), sino los industriales y comerciantes en general, en la medida en que la inflación suponía la garantía de una salida fija y remuneradora a sus productos e incluso los trabajadores, en cuanto que la inflación supone el pleno empleo generalmente y mayores oportunidades de cambio de trabajo.

Por otra parte, nacional ha sido el apoyo prestado repetidas veces a la llamada «teoría del poder adquisitivo», herencia de la crisis de 1932, y que hace mirar con buenos ojos toda medida capaz de estimular el ritmo de la vida económica mediante la expansión del poder de compra de trabajadores y consumidores en general. Tal teoría ha jugado un papel de primer orden en la evolución de los salarios franceses desde 1930 en adelante (cfr. SAUVY, comentarios sobre la actualidad económica, en *Droit Social*, especialmente el número de abril de 1952, págs. 233 y ss.; una alusión a ella se puede encontrar en la obra de MOSSÉ, *Les salaires*, publicada en 1952 con el concurso del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas, págs. 152 y ss.).

⁷⁴ Entre ellas, por la marcha de la coyuntura mundial, que atravesaba un bache de apatía y reducción del comercio internacional después del salto de 1950, y la necesaria crisis de re-establecimiento que acompaña a toda inflación de cierta duración, crisis que aun no existiendo tensiones capaces de conducir a la depresión viene determinada por la detención misma del anormal ritmo al que la inflación había acostumbrado a las expectativas.

⁷⁵ A través de la formación de ententes comerciales e industriales de carácter más o menos monopolístico, imposición de precios mínimos, proteccio-

de una moneda estable. se revela la situación verdadera de nuestra economía, enmascarada durante tanto tiempo por las ilusiones de la inflación. Los defectos de estructura salen a la superficie y es a ellos a los que el Gobierno se dedicará de ahora en adelante.»

Así se expresaba ya Pinay en los días finales de septiembre, a punto de comenzar la segunda etapa de su programa. Como se sabe, estos defectos eran tanto los propiamente estructurales (característicos de la economía francesa en cuanto tal, como la falta de materias primas, la defectuosa organización profesional, la existencia de regímenes especiales como el del alcohol y la falta de un adecuado sistema fiscal, administrativo y constitucional), como los introducidos en la economía francesa al socaire de la inflación (consistentes, esencialmente, en los diversos aspectos de la desaparición de la libre competencia determinada por la adaptación de productores y consumidores al fenómeno inflacionista). De todos ellos, eran estos últimos los que exigían más pronta solución, ya que en ellos descansaba visiblemente la especial predisposición inflacionista mostrada por la economía francesa en 1950 y en otras muchas ocasiones.

Si bien la desaparición de la libre competencia había tenido lugar por un camino que pudiéramos llamar institucional²⁶, y cuyo origen remontaba al período anterior a la guerra, fué la inflación la que, por conductos netamente económicos, introdujo más importantes deformaciones en el mecanismo de formación de precios típico de un mercado de libre competencia, hasta tal punto que el fenómeno resultante puede considerarse una valiosa ilustración de las consecuencias económicas concretas a que puede conducir la

nismo interior y exterior en general. Al significado de este aspecto de la desaparición de la libre competencia nos referiremos más tarde al hablar de las disyuntivas que se ofrecen a la política económica francesa (véase más tarde liberalismo-dirigismo).

²⁶ Especialmente en 1916 (elevación del precio del trigo, decretada en la Conferencia Económico-Social del Palais Royal), 1948 (experiencia Mayer) y 1949, si bien aunque en otros años se haya dado otro elemento decisivo en las elevaciones del nivel de precios (por ejemplo, las de los precios industriales por devaluación o subida de materias primas), la fijación otoñal de un nuevo precio (en alza) ha tenido siempre una infalible incidencia sobre aquél.

adaptación de una economía de libre competencia al dinamismo inflacionista.

Con objeto de precaverse contra las consecuencias de toda alza de precios, los empresarios franceses fueron adoptando con carácter cada vez más general durante toda la postguerra la costumbre de ajustar automáticamente sus precios a las variaciones de algunos de entre ellos tomados como índice, de forma tal que un aumento en cualquiera de éstos, al ser interpretado como síntoma alcista, traía consigo irremediabilmente el aumento de todos aquellos precios para los cuales servía de referencia. Otro tanto ha ocurrido con los salarios y otras rentas, e incluso (de una manera indirecta) con los precios y los salarios entre sí.

Entre los precios que han servido como índice de ajuste automático para los demás componentes del nivel de precios figuran en efecto:

1.º El precio del trigo, cuya repercusión psicológica en el nivel de precios al momento de fijarse anualmente el nuevo precio oficial ya hemos tenido ocasión de comprobar ⁷⁷.

2.º El precio de la carne, que a partir de 1949 se ha erigido en verdadero elemento directivo de la marcha de los precios, acaparando en este sentido la misión antes desempeñada por el precio del trigo ⁷⁸. Su rápida ascensión en el primer trimestre de 1951 trajo consigo la subida general de precios del otoño de dicho año.

⁷⁷ La encuesta citada sobre el presupuesto familiar en 1946 indica que el precio de la carne ha sido siempre un elemento de la mayor importancia en la evolución del coste de la vida (y consiguientes reivindicaciones sociales) desde el mismo final de la guerra. El que sólo más tarde se haya convertido en referencia directamente influyente en el nivel de precios tiene relación indudable con la hipótesis de un consumo volutivo centrándose en determinados productos según la fase que atraviesa. Así, en la fase de penuria era natural que fuese el precio del trigo (artículo de primera necesidad) el que dirigiera la evolución de los precios, mientras que una vez pasada, debido a las buenas cosechas de 1949 y a la paulatina reconstitución de *stocks*, el consumo debía tender forzosamente a centrarse en artículos de lujo alimenticio, como la carne de primera calidad.

⁷⁸ La luja autoritaria del precio de la carne, decretada por el Gobierno Pleven, permitió precisamente que los demás productores ajustasen sus precios sobre el de la carne a costa del poder suplementario de compra liberado por aquella (Cfr. *Etudes et Conjonctures*, marzo-abril 1952, «Bilan de l'économie française en 1951 et perspectives pour 1952», págs. 188 y ss.).

al alinearse los precios de productos alimenticios y después todos los restantes, sobre el nivel alcanzado por el precio de la carne ⁷⁹. Y en la misma experiencia Pinay, a pesar de las medidas preventivas tomadas por éste al principio del verano fijando los precios de venta al detall a que debían atenerse los carniceros, ya hemos visto el papel que jugó la elevación del precio de la carne en el aumento registrado por el índice de precios al por menor los meses de agosto y septiembre. En tanto no cambien las costumbres de consumo (finalidad a la que tiende la campaña emprendida para revalorizar la carne de inferior calidad, y para desviar al consumo de una irracional preferencia exclusiva por la carne de primera calidad, encaminándole a otros productos de igual poder vitamínico y calórico, más baratos), o se abandone el sistema de adaptación automática a las variaciones de precios-índices, no es de esperar ningún alivio en la tensión creada por la concentración del consumo sobre una determinada clase de carne, necesariamente escasa para satisfacer ni siquiera a largo plazo la desproporcionada demanda sobre ella volcada.

3.° Las tarifas de precios en los servicios nacionalizados (gas, electricidad, transportes-SNCF, Metro), en cuanto sus aumentos han tendido a repercutirse automáticamente en el nivel de precios, sin que los empresarios esperasen a su incidencia final en el coste de producción, y, en realidad, con entera independencia de ella.

4.° El llamado «precio de sustitución» o renovación de stock, índice de referencia común a todos los precios ⁸⁰ y resultante de sumar al precio actual de cualquier artículo el margen de seguridad necesario para precaverse contra el mayor coste futuro de renovación de stock determinado por la inflación. En definitiva, el

⁷⁹ Ya que en realidad el precio de sustitución consiste más en una práctica de industriales y comerciantes que en un verdadero índice objetivo de referencia. De hecho ha sido el método empleado por los empresarios para calcular sus precios durante toda la inflación de postguerra.

⁸⁰ Empleando una terminología parecida a la que usaba CAREY para explicar su teoría del valor, podría decirse que el precio de sustitución implica el estímulo del precio de los bienes presentes no conforme a su verdadero coste actual, sino al coste de reproducción en el futuro (que se supone será mayor a causa de la subida inflacionista de precios de materias primas, de salarios, etcétera).

precio de sustitución implica la adaptación automática de los precios actuales a los futuros calculados de acuerdo a dicho margen, o lo que es lo mismo, la valoración y venta de los artículos actuales al precio que han de tener en el futuro a consecuencia de la inflación ⁸¹. A diferencia de los anteriores, este índice de referencia es enteramente subjetivo (con la sola objetividad derivada de la fundamentación que puedan tener las expectativas alcistas en que se basa), y depende exclusivamente de la creencia que los empresarios tengan acerca de la persistencia de la inflación, y de sus respectivos comportamientos psicológicos ante ella. Debido a ello el precio de sustitución ha sido probablemente el factor que mayor influjo ha ejercido en la constante presión alcista registrada a lo largo de todo el periodo 1946-1952 ⁸², así como uno de los elementos más importantes en la inflación de beneficios común a todo él ⁸³.

Puede observarse que, en definitiva, el precio de sustitución toma como referencia la evolución general del nivel de precios y

⁸¹ Como otros elementos acumulativos del proceso inflacionista, el precio de sustitución tenía la virtud de alimentarse a sí mismo, ya que el resultado de calcular los precios con arreglo a este método era un constante aumento, que testimoniaba la exactitud de las previsiones pasadas y aseguraba las futuras. Su dependencia estricta de las expectativas ha hecho que a cada periodo de momentánea detención de la inflación en el pasado (experiencia Blum en 1946, Mayer en 1948 y abundancia de productos agrícolas en 1949) haya correspondido un menor empleo del precio de sustitución, y que a cada recrudecimiento los empresarios (como ocurrió en 1950) hayan defendido de nuevo la doctrina del precio de renovación. Pinay le dedicó una atención preferente, denunciando su práctica en diversas ocasiones (vid. el discurso pronunciado en la inauguración de la Feria de Lyon).

⁸² Con la adaptación de los precios actuales al precio de sustitución los eslabones de la cadena creadora de beneficios inflacionistas serían, en definitiva: a), *décalage* entre los precios actuales calculados conforme al precio de sustitución y su coste real de producción; b), *idem* entre el precio actual simple y el coste de la energía —atrasado generalmente con respecto a la evolución general de precios (cfr. *Études et Conjonctures*, marzo-abril 1952, páginas 186 y ss.)— y de la mano de obra; c), *idem* entre el precio actual al por mayor y al por menor; d), *idem* entre el nivel general de precios (al por menor) y el nivel de salario. A ellos habría que añadir los «beneficios de afluencia» de carácter inflacionista, muy importantes seguramente en toda la inflación de penuria.

⁸³ Cfr. los casos apuntados en el citado estudio del Consejo Económico sobre la Escala Móvil de salarios, págs. 182 y ss.

su altura previsible en un momento dado según la marcha del proceso inflacionista; pero como al forjar sus expectativas sobre la evolución futura del nivel de precios los empresarios se fijan, a su vez, en el precio de algún producto concreto tomado como representativo del conjunto, el precio de sustitución viene a reducirse, en gran parte, a alguno de los índices de referencia citados.

El Estado, por su parte, ha contribuido a afianzar estas prácticas empleando muy diversos índices de referencia en el cálculo de los precios fijados oficialmente, y en los de los productos requeridos por él para sus necesidades⁸⁴.

Al mismo tiempo los salarios han tendido también a ajustarse automáticamente a ciertos de entre ellos, tomados como índices, y en especial a:

1.º El salario medio departamental cuando éste existía, base legal de cálculo de numerosas prestaciones de la Seguridad Social (subsidios familiares, etc.) y punto de referencia para las variaciones absolutas de la jerarquía profesional.

2.º El salario mínimo interprofesional garantizado desde su creación en agosto de 1950, y aquí no por disposición legal alguna, sino por un acuerdo tácito que, con objeto de respetar la jerarquía profesional, hace variar el total de salarios cuando el mínimo garantizado de base varía. Las tres elevaciones del salario mínimo intervenidas desde aquella fecha han permitido comprobar el automatismo de la adaptación mencionada.

3.º Los salarios vigentes en la industria metalúrgica de la región parisina, que siempre han gozado de un carácter representativo e indiciario para la determinación de los salarios en las categorías profesionales correspondientes del resto de la nación⁸⁵.

4.º Los salarios en los servicios nacionalizados, cuyas elevaciones por orden gubernativa han tenido en el nivel de salarios el

⁸⁴ Cfr. el número de enero-febrero de *Études et Conjonctures*, 1951, donde se patentiza el papel de «salarios piloto» jugado por los publicados en las estadísticas del grupo de industrias metalúrgicas, mecánicas y conexas de la región parisina.

⁸⁵ Este fue el caso de la carne en 1951, que a través del reajuste general de precios provocado por su aumento, determinó la elevación de salarios registrada a principios del otoño (aumento del salario mínimo garantizado en septiembre de 1951).

mismo efecto que los aumentos de precios en dichos servicios en el nivel general de precios y por las mismas razones.

Finalmente, precios y salarios han mostrado tendencia a funcionar correlativamente a través de un mecanismo indiciano semejante al existente para los precios y los salarios entre sí. La adaptación automática de unos a otros ha sido más visible y directa en los precios respecto de las variaciones de los salarios, que en éstos respecto a las variaciones de los precios. En el primer caso se ha manifestado por una inmediata elevación de precios proporcional (o más que proporcional, según vimos) a la elevación de salarios, con anterioridad incluso a la incidencia de ésta en el coste de producción. En el segundo, en cambio, la relación se ha verificado siempre a través del coste de la vida, si bien el peso que dentro de él representan artículos como la carne, el pan, las frutas y verduras, etc., han tendido a crear conexiones bilaterales más directas entre el aumento de precio de estos productos y el aumento de salarios⁸⁶.

A consecuencia de este ajuste automático de los precios y salarios a ciertos índices representativos y de precios y salarios entre sí, se ha introducido en la economía francesa una rigidez de movimientos que facilita y agrava la propagación de las tensiones inflacionistas parciales al conjunto de la economía⁸⁷, ya que abasta que una perturbación cualquiera provoque un aumento de precios en un sector para que todo el sistema se ponga inmediatamente en

⁸⁶ Este fenómeno de rigidez, tan interesante para conocer el resultado final a que conducen los intentos de empresarios y consumidores por asegurarse contra el alza inflacionista de precios y salarios y conservarse a su altura, sin perder terreno respecto a los demás, ha sido resaltado insistentemente a partir de 1950 en los múltiples trabajos del INSEE, y en especial por la revista *Études et Conjoncture*. En el número dedicado a «La France et l'inflation» se explicaba un solo caso de «contagio de precios» (es decir, de interacción de precios que no tienen ninguna relación aparente de causa a efecto entre sí), página 115: la confrontación con el tipo de cambio tomado como «precio piloto» (cfr. págs. 115-16 y 17). Sólo más tarde, en 1952 (cfr. *Études et Conjoncture*, enero-febrero, «Aperçu sommaire sur l'évolution de la situation économique en 1951», y mayo-junio, págs. 257 ss.), se abatea en toda su amplitud el fenómeno de rigidez originado por «las trabazones» entre las distintas categorías de precios y entre éstos y las rentas.

⁸⁷ Cfr. rev. cit., pág. 257.

marcha» por sucesivas oleadas de aumentos en todos aquellos precios para los cuales aquel sector constituía el índice de referencia.

Un nuevo sistema de formación de precios ha venido así a sustituir de hecho al característico de un mercado de libre competencia, haciendo desaparecer una gran parte de las ventajas tradicionalmente atribuidas a éste: su flexibilidad (ya que ahora un desequilibrio de la oferta o la demanda en un sector puede determinar la variación del precio en todos los demás), la fijación automática de un precio de equilibrio en el punto de intersección de la oferta y la demanda (cuya coincidencia se busca ahora no ya por sucesivas variaciones de precios, sino por manipulación de las cantidades)⁸⁸, su inexorable tendencia a favorecer al consumidor a largo plazo mediante la reducción constante de costes y de precios permitida (e impuesta) por los avances técnicos (pues debido a la rigidez indicitaria los precios tienden a alinearse no sobre el punto de coste mínimo, sino sobre el de coste máximo, mediante prácticas como el precio de sustitución, la recelosa emulación profesional en materia de precios y el mantenimiento artificial de empresas marginales normalmente inviables)⁸⁹. Por el contrario, el di-

⁸⁸ Por ello si la formación de precios «por contagio» hubiera sido advertida y abarcada en toda su extensión desde que su práctica llegó a generalizarse, no existirían tantos partidarios de un aumento de productividad como única salida al callejón inflacionista, ya que todo mejoramiento de la productividad, en lugar de traducirse en una reducción del precio de venta, no serviría en estas condiciones sino para aumentar los beneficios mediante el mantenimiento del mismo precio anterior (o lo que es lo mismo, a acelerar el proceso inflacionista por una expansión de la demanda de los empresarios y una mayor práctica de la autofinanciación). Este simple razonamiento demuestra la falta de fundamento de las críticas dirigidas contra Pinay por una hipotética proposición del fomento de la productividad. Hubiera sido inútil aumentar la productividad sin antes liquidar las prácticas que anulaban su efecto sobre los precios.

⁸⁹ Todo lo dicho sobre el mecanismo de formación de precios es igualmente válido para el de los factores de producción, y sobre todo para el trabajo. La libertad de convenciones colectivas decretada en 1950 tenía por principal finalidad el liberar a la fijación de salarios de la rigidez de movimientos originada por las elevaciones masivas decretadas por el Gobierno, aunque la conexión *de facto* al salario mínimo garantizado haya dejado en este punto las cosas donde antes estaban. La tendencia actual consiste precisamente en favorecer las elevaciones de salarios con arreglo a las posibilidades de cada rama industrial, y dentro de ella de cada empresa. Pinay se ha negado siempre a toda elevación de salarios que no fuera ésta.

namismo de este nuevo mecanismo de formación de precios originado por el establecimiento de trabazones rígidas y unilaterales entre los precios es exclusivamente alista, excluyendo por naturaleza todo movimiento que no sea el consistente en elevaciones masivas tras la escapada de los precios o salarios tomados como índices⁹⁰.

¿Cuál fué la actitud adoptada por Pinay ante este anormal funcionamiento del mecanismo de formación de precios? Es indudable, por lo pronto, que Pinay tuvo clara conciencia del fenómeno de rigidez que acabamos de describir, así como de sus consecuencias para una política de baja como la que él intentaba llevar a cabo. Y acaso uno de sus principales méritos haya sido precisamente el de haber hecho asequible a la gran masa de sus compatriotas el conocimiento de muchas de estas prácticas inflacionistas (como la del precio de sustitución), cuya comprensión exige un cierto grado de cultura económica.

De algunos de sus discursos parece deducirse que la primera idea de Pinay fué aprovechar esta rigidez estructural del sistema de formación de precios para provocar un movimiento acumulativo de signo contrario. El razonamiento tácito en que se basaba no podía ser más lógico ni sencillo en apariencia: si gran parte del aumento inflacionista de precios se había debido a la subordinación de las variaciones de precios a las de ciertos índices, ¿no podría esperarse que al ser provocada una baja en algunos de ellos los demás siguieran el movimiento masiva y dócilmente, como había ocurrido en los casos de alza? En realidad gran parte de estos precios índices permanecieron constantes, sin que el Gobierno pudiese hacer otra cosa que impedir nuevas alzas, incluso justificadas (como ocurrió con la fijación del precio del trigo). Pero esta misma estabilidad, unida al descenso logrado por el Gobierno en otros precios que también entraban en la confección del índice de precios al por menor, justificaban un descenso acumulativo a base del cuarto y más importante índice de referencia: el precio de sustitución. En efecto, si el cálculo de este precio se basaba en la adición a los precios actuales del aumento de precios previsible en un futuro inmediato, con objeto de resarcirse del mayor coste fu-

⁹⁰ Cfr. los discursos citados, en especial el del 10 de diciembre.

turo de renovación del *stock*, era lógico que cuando las expectativas, debido a una política de baja, hiciesen prever un descenso general de precios el precio de sustitución funcionase en sentido inverso, es decir, sustrayendo a los precios actuales el descenso previsible de costes de renovación de *stock* determinado por la política de baja. Ello inclinaba a pensar a Pinay que «la noción del precio de sustitución», que hasta entonces había funcionado en sentido alcista, debía también poder ayudar a la política de baja⁹¹.

Al razonar así Pinay olvidaba que tanto el precio de sustitución como la general rigidez del sistema de precios respondían a una situación de inflación permanente y no eran válidos más que para ella. El «margen de sustitución», por ejemplo, no tenía sentido sino como margen de seguridad añadido al precio para precaverse contra una pérdida (absoluta o relativa) de beneficios en el futuro. Lo contrario hubiera sido considerarle como un simple margen de previsión de precios cuyo signo y cuantía dependían únicamente de la evolución de éstos, cualquiera que fuese su sentido, o bien pensar que aunque ésta no fuese su misión había buenas razones de justicia para exigir que los artificiales e injustificados aumentos de precios verificados de esta forma se deshiciesen por el camino contrario. Desgraciadamente, los empresarios no se encontraban bajo la experiencia Pinay (y puede que bajo ninguna circunstancia) dispuestos a admitir la ilegalidad de los procedimientos empleados en el omnijustificante naufragio inflacionista, y menos aún a obrar en consecuencia. Por otra parte, las políticas de baja han enseñado repetidamente que la ley de rigidez formulada por Simiand para los salarios es perfectamente aplicable, a fin de cuentas, al nivel de precios, y que cuando éste alcanza un de-

⁹¹ Este plan, que lleva el nombre del ministro de la reconstrucción, del cual partió la idea, consistía en ligar el montante de los alquileres al salario mínimo garantizado, variando aquél de acuerdo con las oscilaciones de éste. Los alquileres, sin embargo, estaban ya ligados anteriormente al salario medio departamental, y sólo cuando éste cayó por su base con la libertad de convenciones colectivas desapareció la base de variación. Como debido a la escala móvil de salarios el mínimo garantizado está ligado al índice de precios al por menor (213 artículos), el Plan Claudius-Petit aseguraba en realidad a los propietarios de inmuebles contra las variaciones del nivel de precios.

terminado nivel lo difícil es conseguir que descienda escasa pulgada sin riesgo de depresión.

Si Pinay no obtuvo grandes (ni pequeños) éxitos en la inversión de la riqueza estructural de movimientos introducida en el mecanismo de formación de precios, su éxito no fué mayor al intentar destruirlo, restableciendo en su lugar un verdadero mercado de libre competencia, donde los precios variasen flexiblemente de acuerdo con las fluctuaciones de la oferta y la demanda en cada sector, sin transmitirse para nada al resto de la economía. En el discurso-balance pronunciado el 10 de diciembre con motivo de una cuestión de confianza, Pinay había declarado que el Gobierno por él presidido se había dedicado con lo mejor de sus fuerzas a «romper el encañamiento de los mecanismos económicos, que, descompuestos desde hacía largo tiempo, no funcionaban ya sino en sentido aleista». Cabría preguntarse hasta qué punto Pinay consiguió este objetivo y cuáles fueron las concatenaciones económicas a las que su política puso fin.

A primera vista parece incluso que Pinay haya contribuido a fomentar el mal de rigidez aludido, introduciendo en la economía francesa mediante la escala móvil de salarios la garantía oro indicaria del empréstito y la escala móvil de los alquileres (Plan Claudius-Petit)⁹²; una serie de concatenaciones entre precios y salarios, precios y ahorro y salarios y alquileres, que antes no existían (al menos con carácter automático y consagrado legalmente). Esta aparente contradicción entre los objetivos propuestos y las concesiones prácticas tiene su origen en la gravosa herencia legada al Gobierno Pinay por los Gobiernos anteriores, la cual impedía comenzar enteramente *ex novo* una eficaz política económica sin antes saldar las deudas contraídas por sus antecesores. Así, el que la sucesión política no conozca la institución del beneficio de inventario obligó a Pinay a cargar con las consecuencias presupues-

⁹² Cfr. el discurso del 10 de diciembre, en el que a propósito de la carga que para el nuevo presupuesto representaba la ayuda aprobada anteriormente en beneficio de los ex combatientes y pensionistas vitalicios, Pinay señaló la imprudencia de que «el Parlamento ceda a cada año a la misma tentación peligrosa de votar gastos que representan escasa carga para el ejercicio en curso, pero un gravoso compromiso para los presupuestos futuros».

tarias de medidas votadas por Parlamentos anteriores⁸³, y por las mismas razones, a extender a los grupos sociales postergados por la inflación (trabajadores, propietarios, ahorradores) el beneficio de una escala móvil automática cuyo goce había sido hasta entonces privilegio exclusivo de los empresarios. Que ello ha sido así lo prueba claramente la génesis de la escala móvil de salarios. Cuando en el seno del Consejo Económico se discutía la conveniencia de ésta por los representantes patronales, obreros y estatales la conclusión central a que pudo llegarse (sostenida primero por la CGC contra los argumentos patronales y aceptada más tarde por el Consejo en las conclusiones generales del informe presentado por M. Levard)⁸⁴ fué precisamente que o se controlaban y reprimían severamente por el Estado las cláusulas de escala móvil en aplicación por aquel entonces (y el Consejo Económico había descubierto hasta tres categorías distintas, una para los valores en especie, otra para sus contraprestaciones y otra, finalmente, para los valores fijados por vía de índice), para evitar que estas escalas móviles continuasen siendo un factor de degradación de la moneda, o en otro caso era preciso llevar la lógica del sistema a sus extremas consecuencias, extendiéndole a aquellas personas que aún no gozaban de esta protección contra los resultados de la inflación⁸⁵.

Si Pinay acabó aceptando (muy contra su voluntad) esta segunda alternativa fué pensando en que nunca se le daría ocasión de entrar en acción, y también seguramente con la idea de atacar y echar abajo el sistema de escalas móviles en su conjunto en cuanto que la estabilidad se restableciese con la duración suficiente para hacer injustificado todo temor inflacionista.

De-graciamamente, la virtud de la continuidad no demostró te-

⁸³ Cfr. estudio citado, págs. 182 y ss.

⁸⁴ Cfr. también *Études et Conjoncture*, mayo-junio 1952, págs. 156 y ss.

⁸⁵ Así, la promesa de no aumentar los derechos sobre el alcohol tendía a tranquilizar los intereses creados en torno al régimen especial proteccionista, cuya reforma había anunciado Pinay repetidas veces. Los demás puntos esenciales (programa de construcción, lucha contra el paro parcial, plan quinquenal de modernización para la agricultura, inversiones en ultramar y ayuda a la exportación) se encontraban ya en realidad en la exposición de motivos de la ley presupuestaria para 1953, presentada el 22 de noviembre por el Gobierno Pinay.

ner en las mentes francesas el arraigo que Pinay se esperaba, y en el momento de su caída el sistema quedaba enteramente intacto en realidad, sin que Pinay hubiera tenido más tiempo del preciso para eliminar algunas rigideces de otro orden, como las provocadas por la práctica de los precios impuestos con carácter mínimo, las ententes monopolísticas, etc.) y atenuar el recurso al precio de sustitución.

En diciembre de 1952 el presidente del Consejo había declarado, después de anunciar una considerable expansión de las inversiones para el futuro presupuesto, la inauguración de un nuevo plan cuatrienal y una ayuda más intensa a la construcción: «Si 1952 ha sido el año de la puesta en orden, 1953 será el año de la puesta en marcha.» Esta puesta en marcha tendría lugar al mismo tiempo que «una acción a fondo para mejorar la estructura de la economía francesa», con lo cual se simultaneaban en la medida en que lo permitiese la estabilidad conseguida las dos etapas finales del programa Pinay: reformas fundamentales y expansión económica. Difícilmente hubiera podido prometerse más con los mismos medios, dada la situación de la economía francesa a finales de 1952. Prueba de ello es que el programa que le valió la investidura a su sucesor, Mayer, no difería del enunciado por Pinay sino en alguna promesa muy secundaria destinada demasiado visiblemente a lograr las simpatías de la Asamblea en los puntos cuyo abandono se reprochaba a Pinay⁹⁶.

La exposición de motivos de la ley presupuestaria para 1953 terminaba con aleccionadoras palabras, que merecen ser citadas como ilustración final de este ejemplo de buena voluntad y honradez in-

⁹⁶ La estabilidad social, como opuesta a la productividad, se ha de entender en el sentido que diremos más tarde. Estos pares de términos han sido escogidos como meros ejemplos de incompatibilidad recíproca respecto a la inflación, sin pretensión exhaustiva ni metódica alguna. Así, es evidente que en determinadas circunstancias el pleno empleo no puede conseguirse simultáneamente a la estabilidad económica sin caer en la inflación, porque la contraposición nace en ese caso de la misma enunciación del dilema (sin necesidad de la inflación como referencia de incompatibilidad). Los demás, por el contrario, son contraproposiciones cuyos términos no tienen por qué ser excluyentes en todas las circunstancias y respecto a otros objetivos que no sean la detención (o prevención) de la inflación.

tachable que ha sido la experiencia Pinay: «Nadie puede echar de menos la fiebre de actividad que procura a un país el estado de inflación, olvidando el carácter ilusorio de estas prosperidades aparentes y la desigualdad que ellas crean en detrimento de los sectores más numerosos de la nación... La inflación vela la verdadera naturaleza de los problemas que es preciso resolver para lograr un verdadero progreso económico, apartando de las reformas esenciales y de los esfuerzos penosos, pero fructíferos. El Gobierno está convencido de que el camino escogido es el más difícil; las disciplinas de la estabilidad son severas, pero indispensables para que el progreso económico pueda llevarse a cabo sin injusticia social.»

Llamados a elegir entre las facilidades de una política financiera y económica desaprensiva y capaz de contentar a todos y las «disciplinas severas» de la estabilidad, los franceses han reaccionado una vez más negándose a aceptar la necesidad misma del dilema planteado, esto es, la necesidad de decidirse exclusivamente por uno de los términos, sacrificando el otro a la obtención del preferido. El epígrafe final está dedicado al examen de esta característica actitud del pueblo y los dirigentes franceses ante las disyuntivas excluyentes que se ofrecen a su política económica, las razones psicológicas y sociales que la explican y el alcance de la contradicción a que conduce o puede conducir en el futuro.

V. DISYUNTIVAS DE LA POLÍTICA ECONÓMICA FRANCESA

De ser válida, la interpretación anterior ha debido de hacer ver que el fin prematuro de la experiencia Pinay ha tenido por causa no tanto defectos de concepción de técnica económica, como la falta de continuidad y la oposición de determinadas fuerzas sociales (agricultores, industriales, comerciantes, partidos políticos), cuyos intereses se sintieron amenazados por los resultados a que aquélla parecía conducir.

Pero esta causalidad social ha venido determinada por móviles esencialmente económicos, y sería incompleta nuestra exposición de la experiencia Pinay si no intentásemos aclarar cuál ha sido la

razón última del conflicto verdaderamente dramático a que ha dado lugar. Esta razón última, clave de la política económica francesa pasada y presente y piedra de toque de la futura, hemos creído encontrarla en la negativa del pueblo francés, y en especial de alguna de sus clases, a aceptar cualquier elección definitiva de objetivo político-económico capaz de implicar el sacrificio de algún otro objetivo incompatible deseado también.

Durante siete años la política económica francesa ha debido hacer frente a una serie de dilemas (liberalismo-intervencionismo, pleno empleo-estabilidad económica, consumo-inversión, productividad-estabilidad social), la consecución simultánea de cuyos términos era incompatible con el objetivo de detención de la inflación. Gracias a las especiales circunstancias económicas de los primeros tiempos de posguerra (penuria, considerables necesidades de reconstrucción y reequipamiento, signo social impuesto por la Resistencia), los dirigentes de la política económica francesa pudieron imponer, al menos nominalmente, la elección decidida del intervencionismo, el pleno empleo, la inversión y la estabilidad social⁹⁷, con sacrificio más o menos completo y momentáneo de sus objetivos contrapuestos (el liberalismo, la estabilidad, el consumo y la productividad). Pero esta elección, como hemos visto, no fué ni lo suficientemente rigurosa ni lo suficientemente aceptada para que el afán de soslayar los sacrificios impuestos no se resolviese en inflación.

A medida que las circunstancias económicas fueron normalizán-

⁹⁷ Debido al cambio de situación económica intervenido desde 1949, este nuevo desequilibrio no fué, sin embargo, de la misma naturaleza del anterior. La tensión central surgió de la incompatibilidad de la segunda y tercera contraproposiciones, con el mantenimiento de la estabilidad. En vez de sacrificar el consumo a las necesidades de inversión determinadas por el rearme se mantuvo e incluso se aumentó con el poder adquisitivo creado por la financiación de la inversión. Pero este incremento del consumo actuó de forma más refinada que en la inflación anterior, concentrándose en productos de primera calidad y alimentando una tensión alcista puramente especulativa, sin la base real que a la anterior a 1949 proporcionaba la limitación de la oferta. Precisamente porque la situación era ya distinta, Pinay pudo considerar llegada la hora de restablecer el liberalismo económico y defender los intereses del consumo, objetivo antes incombibles en la penuria de bienes alimenticios y el enorme esfuerzo de inversión de los primeros años de posguerra.

do-se y relajándose la presión moral de los objetivos consagrados por el fervor patriótico de la liberación, la elección entonces realizada fué haciéndose cada vez más insoportable, y más fuerte al mismo tiempo la exigencia de vuelta a los objetivos pospuestos. Sin embargo, la economía francesa no estaba todavía en condiciones de armonizar completamente estos objetivos con los nominalmente elegidos sin recaer de nuevo en la inflación, y bastaron los acontecimientos de 1950 para interrumpir bruscamente el buen camino iniciado en 1949, produciendo un nuevo estado de desequilibrio, en el cual la incompatibilidad entre los objetivos citados se hizo aún más aguda ⁹⁸.

A la llegada de Pinay el anhelo general era conseguir por los medios que fuese la detención de la inflación. Ahora bien, Pinay comprendía que mientras persistiese la incompatibilidad de ésta con la realización conjunta y simultánea de todos los objetivos ambicionados sería inútil pretender eliminar el resultado dejando intactas al mismo tiempo las causas. De aquí que su programa consistiese esencialmente en una clara elección de los objetivos compatibles a corto plazo con la detención de la inflación, dejando para más tarde (cuando la situación económica hubiera cambiado lo suficiente para que los objetos excluidos fueran ya compatibles -sin peligro de inflación) la realización de los restantes.

Pero al decidirse por el liberalismo, el consumo y la estabilidad económica ⁹⁹, Pinay era bien consciente de que sólo la estricta

⁹⁸ Siempre que hablemos de estabilidad económica en este sentido nos referiremos únicamente a la estabilidad como objetivo opuesto a la consecución del pleno empleo por procedimientos inflacionistas. Naturalmente que el objetivo general inmediato (detención de la inflación) es el mismo de la estabilidad.

⁹⁹ En efecto, desde los tiempos de Méline la agricultura francesa vivía bajo un fuerte proteccionismo aduanero, que no había hecho sino intensificarse y ampliarse con el tiempo, a medida que los diversos productores agrícolas fueron reclamando del Estado una equitativa y cada vez más completa seguridad de salidas para sus productos. Este proteccionismo, más o menos justificado en casos como el del trigo, había conducido a abusos tan escandalosos como el del régimen de que disfruta actualmente el alcohol destilado de la manzana, el vino y la remolacha, cuya compra obligatoria en determinadas cantidades por el Estado ha originado una costosa industria parasitaria, viviendo a costa de los contribuyentes y sin ninguna utilidad (antes al contrario, con evidente perjuicio) para la nación. Sin embargo, los defensores del alcohol, así como los

y sincera limitación a ellos podía traer consigo la detención de la inflación y de que si se continuaba como en el pasado intentando compaginar secretamente los objetivos elegidos oficialmente y los *postpuestos*, pero *anhelados en privado*, el resultado sería el mismo conocido hasta entonces, es decir, una idéntica impotencia práctica ante la inflación.

La elección, por tanto, había de ser necesariamente respetada y llevada hasta sus extremas consecuencias lógicas, como condición indispensable a la eficacia del programa. Empresarios y consumidores deberían colaborar sinceramente a un verdadero restablecimiento del liberalismo económico y la estabilidad, renunciando a todo intento egoísta de conservar al mismo tiempo las ventajas ofrecidas por el intervencionismo y la inflación. Igualmente, la transitoria reducción de las inversiones habría de considerarse como el único medio razonable de conseguir la detención de la inflación, manteniendo constante el nivel de consumo anterior, sin pretender del Gobierno el milagro de un consumo constante (o en aumento), inversiones crecientes y una perfecta estabilidad económica.

Aunque la elección inicial fué aprobada por todos (si bien, desde luego, más por mentalidad de «Haga el milagro, hágalo el diablo» que por convicción de su conveniencia), la colaboración sincera a su cumplimiento dejó de existir, como hemos visto, en cuanto Pinay se mostró dispuesto a proseguir firmemente en la consecución de los objetivos compatibles con la estabilidad, sin ceder ni un instante a la tentación de compaginarlos prematuramente con los momentáneos o definitivamente *postpuestos*. Los empresarios temieron la pérdida de sus privilegios proteccionistas: los partidos

de la viticultura, gozan de un tal poder en el Parlamento que un presidente del Consejo no podría encontrar medio más seguro de suicidio político que oponérseles.

La misma expansión proteccionista ha tenido lugar en la industria y el comercio, donde las pequeñas empresas gozan de privilegios fiscales que les ponen a salvo de toda competencia ejercida por las grandes, y donde éstas a su vez han creado un verdadero proteccionismo corporativo mediante ententes comerciales y acuerdos profesionales cuya finalidad ya vimos al referirnos a los precios impuestos. A esto hay que añadir la deformación inflacionista antes estudiada, unida a la constante retención de *stocks* con objeto de vender poco, pero caro, tan incompatible con la libre competencia como lo anterior.

políticos (con sinceridad muy diversa), la detención del ritmo de progreso mantenido hasta entonces. Unos y otros, respondiendo a las voces de un malentendido instinto de conservación, intentan por todos los medios dar marcha atrás y recuperar su antigua libertad de decisión (o lo que es lo mismo, la libertad de tenerlo todo sin renunciar a nada deseado). Desde ese momento el juego deja de ser limpio; empresarios y partidos políticos forcejean por sustraerse al palo de la baraja que, cortada por ellos, había salido triunfo, y en una última trampa, un hábil cambio de cartas despista lo suficiente a los jugadores aún vacilantes para hacer caer a la banca.

En el fondo esta versión metafórica del final de Pinay no es tan descabellada ni puramente literaria como puede parecer a primera vista. En definitiva, la política económica, como la política a secas, no son sino formas de juego en serio, cuya norma común reside en la continua necesidad de elegir entre objetivos deseables, pero incompatibles simultáneamente, y cuyo éxito o fracaso deriva tanto de la inteligencia en la previsión de lo razonablemente preferible como de la limpieza y honradez con que se juegue a la carta elegida.

1. LIBERALISMO-INTERVENCIONISMO ECONÓMICO

Acaso no exista medio más elocuente de respaldar las anteriores alusiones al juego limpio y los intereses creados como interpretar sencillamente el comportamiento de los empresarios franceses respecto al carácter liberal o intervencionista, asignable de preferencia a la política económica general.

Durante toda la postguerra los empresarios franceses no cejaron en su oposición al intervencionismo impuesto por la situación económica. Ellos fueron los más entusiastas corifeos del liberalismo económico, y en su propaganda antiintervencionista encontraron fácil apoyo en la masa de los consumidores, tan deseosos como ellos de ver desaparecer el racionamiento y las demás trabas soportadas desde la ocupación. Aunque el cambio de situación económica en 1949 permitió ir eliminando los últimos controles, quedaba en pie todavía la posibilidad por parte del Estado de adop-

tar medidas autoritarias como las anteriores si las circunstancias lo requerían, y a partir de 1950 la reanudación de la inflación ofreció abundantes ocasiones de empleo del intervencionismo.

Se explica, por lo tanto, que empresarios y consumidores viesen con agrado la subida al Poder de un hombre al que se creía destinado a restablecer el tan anhelado liberalismo económico, y que esta simpatía persistiese por parte de los empresarios mientras las decisiones adoptadas mostraban solamente los aspectos más halagüeños de la vuelta a este liberalismo.

Ahora bien, al exigir este retorno al liberalismo los empresarios habían pasado por alto dos circunstancias muy significativas, de cuya omisión solamente se darían cuenta bastante más tarde:

1.^a Que la coyuntura económica había cambiado radicalmente con relación a los primeros años inflacionistas de postguerra, de forma que mientras en éstos la vuelta al liberalismo hubiera significado la plena libertad de los empresarios para disfrutar de su posición excepcionalmente privilegiada frente a los consumidores ahora, debido a la detención de la inflación, no implicaba sino la necesidad de hacer frente a una competencia tanto nacional como extranjera (*pas de dévaluations*) que la estabilidad de los precios haría cada vez más encarnizada.

2.^a Que el liberalismo económico carece de sentido si no es basado en un verdadero mercado de libre competencia, mercado que había dejado de existir prácticamente en Francia con anterioridad incluso a 1939 y a los definitivos embates de la inflación de postguerra ¹⁰⁰.

Y así, cuando Pinay, forzado a ello por la detención del movimiento de baja al nivel mínimo compatible con las prácticas inflacionistas y los privilegios proteccionistas, exhortó a los empresarios al abandono definitivo de unos y otra y al sincero retorno a

¹⁰⁰ Cfr. los dos brillantes artículos de Maurice DUVERGER aparecidos en *Le Monde* (30 de septiembre y 16 de octubre) bajo el título: «El liberalismo ha cambiado de campo» y «Los liberales contra el liberalismo», respectivamente. El que esta paradoja haya obligado a «destaparse» a los empresarios, mostrando la verdadera naturaleza de su posición doctrinal, no es una de las menores partidas a incluir en el activo de Pinay. Desde agosto de 1952 ya nadie puede llamarse a engaño respecto a las actitudes adoptadas por el CNPF ante los problemas económicos más cruciales.

una verdadera competencia, la repulsa de aquéllos condujo al espectáculo doblemente paradójico de un presidente del Consejo luchando por imponer la libertad económica a sus más declarados defensores¹⁰¹ y obligado a emplear con tal objeto métodos clásicamente intervencionistas.

En este sentido la experiencia Pinay constituye una prueba definitiva del escaso margen de crédito otorgable al contradictorio liberalismo económico propugnado doctrinalmente en algunos países europeos. La libertad económica se funda esencialmente en una clara elección del principio absoluto por el que se ha de regir tanto el mecanismo de la producción como el de la distribución de la riqueza, y este principio no es otro que el mercado de libre competencia. Por consiguiente, todo retorno a aquella libertad ha de implicar necesariamente el restablecimiento del mercado de libre competencia como *exclusiva* norma de formación de precios para los bienes y factores de producción, siendo inadmisibile que se quiera gozar al mismo tiempo del inhibicionismo estatal derivado del funcionamiento teóricamente automático del mercado de libre competencia y de las ventajas ofrecidas por el intervencionismo estatal y privado en el proceso de formación de precios.

Semejante contradicción interna, tan ejemplar de la hipocre-

¹⁰¹ Hablamos en términos de eficacia económica abstracta, sin tener en cuenta la cuestión, tan traida y llevada por los autores americanos, de la compatibilidad de una economía planificada con las libertades personales reconocidas clásicamente en los países democráticos. Sobre las contradicciones del liberalismo intervencionista y la imposibilidad de término medio eficaz entre la economía liberal ortodoxa y planificada, vid. el artículo de Ludwid von Mises, en la revista *Économie Contemporaine* (octubre 1947), titulado «Interventionisme et salaires». Es de destacar que el Plan Monnet no ha conseguido realizar enteramente sus objetivos para 1952 más que en las industrias básicas, que corresponden casi por completo con las nacionalizadas. Esto quiere decir que esta modalidad de planificación «profesional» (por la intervención de representantes de los empresarios, obreros y técnicos en la planificación de la actividad de la respectiva rama industrial), que según algún autor (cfr. *ROMEUR. L'économie planifiée*. Coll. Que sais-je?, P. U. F., pág. 115) está destinada a prevalecer en las naciones democráticas donde la planificación se muestra necesaria, no puede alcanzar resultados seguros más que en los sectores controlados por el Estado, dependiendo enteramente en los otros de la colaboración problemática de las empresas privadas.

sia ideológica a que puede conducir la conjunción egoista de deseos contradictorios, no tendría de todas formas una excesiva importancia si no fuera porque para el liberalismo económico es una cuestión de vida o muerte la estricta observancia de sus reglas de juego. Toda desviación de la elección primaria, toda traición a la libre competencia, desvirtúa el limpio juego del verdadero liberalismo económico y le hace perder una gran parte de su eficacia como principio económico rector capaz de ser opuesto con éxito a las indudables ventajas de su antípoda el socialismo planificado. Desde que al capitalismo liberal le ha surgido el rival socialista, en su acabada expresión rusa, el drama vital del liberalismo ha sido realizarse plenamente o sucumbir. O mantener y acrecentar al máximo las ventajas que le han valido la subsistencia y el prestigio doctrinal durante el pasado siglo y lo que va del presente (creciente beneficio para el consumidor, ímpetu dinámico hacia el progreso técnico por la presión constante ejercida por la libre competencia y el espíritu de empresa), o verse reemplazado inexorablemente por el socialismo planificado¹⁰², el cual, en un proceso parecido al presenciado cuando los incipientes estados nacionales destruyeron los fragmentarios poderes feudales para instaurar uno sólo central y absolutista, ventilaría las situaciones creadas por el intervencionismo y proteccionismo parcial de las economías seudoliberales para poner en su lugar un intervencionismo absoluto y un proteccionismo racional y planificado.

Araso nadie como el mismo Pinay haya sentido tan agudamente el alcance de este drama creado por la negativa de los empresarios franceses a resolver honradamente el dilema liberalismo-intervencionismo. «Un liberalismo que se aferra a la noción exclusiva del beneficio es un liberalismo que se suicida. Yo, que soy liberal, no puedo por menos de entristecerme y angustiarme ante la idea de que el liberalismo corra el peligro de morir bajo el embate de ciertos seudoliberales.» Era pensando en estos falsos liberales, cuya idea es que «el consumidor está hecho para el liberalismo, cuando es el liberalismo el que está hecho para el consumidor», a los que

¹⁰² Cfr. las declaraciones de Pinay en la feria de Roanne el 6 de octubre de 1952.

Pinay aludía al llegar la encrucijada de su experiencia a la necesidad de «moralizar el liberalismo»¹⁰³.

Su escaso éxito en esta misión inclinaría a conceder una buena parte de razón a los socialistas, cuya opinión ha sido siempre que el fracaso de la experiencia Pinay no podía interpretarse como el de un hombre o un Gobierno simplemente, sino como el del liberalismo económico mismo, condenado a la ruina por el egoísmo de sus mismos beneficiarios y defensores teóricos.

Sea lo que fuere, es indudable que si en el futuro se quiere «de veras» conseguir un funcionamiento óptimo del sistema económico mixto que caracteriza a la economía francesa, ello sólo podrá lograrse mediante un progresivo abandono de los privilegios proteccionistas innecesarios y de las prácticas inflacionistas, incompatibles con la libre competencia, por parte de los empresarios, y también mediante la colaboración de los mismos consumidores, los cuales con sus comportamientos pueden adelantar o retrasar el retorno a una verdadera libertad económica¹⁰⁴. En último término, la carga más pesada seguirá recayendo sobre el Estado, cuya decisión, probidad y valor ante los intereses creados por su propio intervencionismo pueden llegar a crear las condiciones precisas para el juego eficaz de la libre competencia. Como decía Closon ya en 1947, la batalla de los precios (lo que vale tanto como la batalla de los sistemas económicos) es «la batalla del país contra sí mismo, del Gobierno contra sí mismo y del país y del Gobierno juntos, unidos contra sus propias flaquezas»¹⁰⁵.

¹⁰³ La importancia del comportamiento del consumidor, a la cual antes hemos dedicado una nota —38—, es también resaltada en el informe semestral presentado por Dumontier al Consejo Económico. El informe dedica gran atención a las condiciones de vuelta a una verdadera competencia económica.

¹⁰⁴ *Étude et Conjoncture*, febrero 1947, «La bataille des prix».

¹⁰⁵ La desproporción entre los medios reales y los objetivos apuntados simultáneamente resalta aún más visiblemente si se piensa en la considerable ayuda suministrada a los franceses a través del Plan Marshall. Cabe preguntarse cuál habría sido el resultado si los franceses hubieran querido mantener intacto su consumo y realizar al mismo tiempo el Plan Monnet sin esta ayuda.

2. CONSUMO-INVERSIÓN

Aunque no lo exprese en términos rigurosamente económicos, cada individuo sabe que es imposible conseguir a un mismo tiempo el mantenimiento de un idéntico nivel de vida y la creación de capital neto, y que todo aumento del consumo futuro implica necesariamente el sacrificio del consumo presente. Esta verdad, tan patente en el campo de lo microeconómico, tiende a ser olvidada con frecuencia cuando la elección se plantea en términos nacionales (como si algún milagroso artificio pudiese hacer aquí posible e incluso ambicionable lo que en el ámbito de la economía privada se consideraría como una verdadera locura económica). En realidad esta posibilidad existe y tiene su origen en la capacidad del Estado para crear dinero mediante la financiación de sus déficit presupuestarios y el control de la Banca privada. Pero aunque milagrosa en su eficacia absoluta, tal posibilidad no lo es tanto en cuanto a su bondad a otros muchos efectos.

La obtinación privada por realizar inversiones sin sacrificio alguno del consumo actual conduce probablemente a la bancarrota. Cuando no es un individuo, sino una nación la que lo intenta, es también muy probable que ello acabe en inflación. La diferencia entre uno y otro desenlace es tan sutil y efectiva como el mismo principio que permite en las economías modernas la creación *ex nihilo* de dinero bancario o metálico. Sin embargo, su naturaleza es lo suficientemente afín para que en ambos casos el resultado final trate de evitarse a toda costa.

Consumo e inversión son, por tanto, objetivos mutuamente excluyentes en toda economía cuya coyuntura o estructura económica no permita su realización simultánea en la medida deseada sin riesgo de inflación. Este era precisamente el caso de la economía francesa entre 1946 y 1952. Los autores del Plan Monnet habían dejado bien sentido que la condición de todo punto indispensable para que el programa de inversiones a realizar hasta 1952 se llevase a cabo de una manera sana y eficaz, era el mantenimiento de la estabilidad económica. Ahora bien, esta estabilidad requería el sacrificio del consumo presente, necesario para subvenir a la financiación de aquéllas, y ni el Estado aplicó los medios neces-

rios para reducir autoritariamente el consumo y fomentar el ahorro forzoso exigido por la inversión pública y privada ni los empresarios y consumidores respondieron a los medios más liberales empleados por el Estado para financiarlas. Por el contrario, la traslación automática de las elevaciones de impuestos a los precios y el recurso constante a la autofinanciación (originado por la desaparición del ahorro privado) no hicieron sino precipitar el ritmo del proceso inflacionista, obrando acumulativamente sobre sus elementos originarios (financiación inflacionista del déficit presupuestario, exacerbación del consumo y disminución del ahorro, etc.).

Aquí también, por consiguiente, la inflación ha surgido de la repulsa a aceptar las consecuencias lógicas de la propia elección, cuya manifestación más chocante ha sido la reiterada negativa del Parlamento a admitir ninguna reducción en los gastos públicos, pero tampoco la elevación de impuestos que la cuantía de aquéllos exigiría para cubrir el déficit presupuestario. La consecuencia de este desmesurado afán por conservar al mismo tiempo las ventajas de objetivos politicoeconómicos incompatibles con la estabilidad económica, ha sido lógicamente que el Plan Monnet ha debido llevarse a cabo por procedimientos palpablemente inflacionistas. No es difícil saber a qué nación apuntaba el informe del Fondo Monetario Internacional para 1952 cuando atribuía el desencadenamiento de ciertos procesos inflacionistas al censurable deseo de «vivir por encima de los propios medios»¹⁰⁶, que es precisamente lo que ocurre cuando un individuo o una nación no se resignan a reducir su consumo en la medida requerida por las inversiones que se ha propuesto llevar a cabo.

La actitud de Pinay ha sido en este aspecto tan tajante como en

¹⁰⁶ A no ser que los americanos tomen a su cargo la financiación de la guerra de Indochina, como buscan los franceses, permitiéndoles de esta forma dedicarse enteramente a cumplir con sus compromisos militares occidentales. Este es otro dilema parcial a incluir en el anterior (rearme y gastos militares en general-inversión civil): financiación de la guerra de Indochina-rearme occidental. La política internacional francesa parece tender últimamente a explotar la imposibilidad de realizar a un mismo tiempo un esfuerzo bélico tan desmesurado con respecto a las posibilidades económicas francesas, exigiendo de Norteamérica la ayuda en Indochina como condición indispensable para llevar adelante el rearme europeo.

todos los demás dilemas de política económica. Consciente de que el nudo gordiano del déficit presupuestario no podría desatarse a gusto de todos y sin afectar los hilos de la trama, Pinay decidió cortarlo de la forma que ya hemos visto, atacando las causas mismas del desequilibrio fiscal (inversiones por el lado de los gastos, elevación de impuestos por el de su financiación).

Toda elección es dolorosa, porque implica el sacrificio del término pospuesto. Pero el antiguo estado de «disponibilidad» al que pretendieron volver los empresarios franceses derribando al presidente Pinay, no parece que haya podido durar mucho tiempo ni conducir a solución distinta a la empleada por aquél. En efecto, en el programa de Mayer nos encontramos con el mismo lema estabilizador que Pinay había popularizado (*pas d'impôts nouveaux*), y el mismo procedimiento de liquidar el *impasse* de 615.000 millones de francos a cubrir mediante recursos extraordinarios.

La única originalidad efectiva del nuevo presidente reside en haber escogido para la amputación fiscal los créditos militares en lugar de los civiles, innovación que bien mirado es imputable más bien a un cambio de política a secas que a un cambio de política económica. La supeditación de los gastos militares a los civiles o viceversa es materia de exclusiva competencia de la política, y cuando Pinay redujo las inversiones civiles no hacía sino ajustarse a la jerarquía de objetivos impuesta por la política de aquel instante, concediendo primacía a las necesidades de rearme. Que el creciente cansancio por la guerra de Indochina haya permitido a Mayer sacrificar las inversiones militares a la estabilidad económica no cambia en nada, en definitiva, el significado del método elegido, ya que ambas reducciones de créditos suponen el mismo sacrificio de la inversión al consumo (o más exactamente, la misma tendencia a ajustar la inversión pública a las posibilidades reales de financiación, sin recurrir a una exorbitante elevación de impuestos de segura incidencia inflacionista).

Hay aquí, sin embargo, un dilema parcial, cuya importancia no conviene subestimar, sobre todo desde que el rearme ha venido a absorber una parte tan importante de la renta nacional francesa. De hecho el dilema inversión-consumo puede resolverse en este otro: inversión, de rearme-inversión civil, desde el momento en que la eliminación de la primera restablecería por sí sola se-

guramente el equilibrio entre el consumo y la inversión y convertiría, por otra parte, en transitorio el desajuste entre la oferta y la demanda de bienes de consumo determinado por el período de formación de capital.

En cuanto simples objetivos imponibles por igual a la política económica, el dilema inversión de rearme-inversión civil viene a parar al mismo callejón sin salida posible de los anteriores: o se sacrifica uno de ellos o necesariamente su realización conjunta (y de ambos con el consumo) ha de pagarse a precio de inflación. Sólo la evolución futura podrá decirnos cuál de los dos términos resulta ser el verdaderamente elegido y si será posible a los franceses reducir por mucho tiempo sus gastos militares ¹⁰⁷.

¹⁰⁷ Con objeto de hacerla frente, uno de los primeros actos de Mayer fué proponer a la Asamblea un proyecto de convención entre el Estado y el Banco de Francia, en virtud de la cual el tope máximo de los anticipos otorgables por éste al Estado pasaba de 175.000 millones de francos a 200.000. Al mismo tiempo que esta convención fué aprobado un anticipo de 25.000 millones para cubrir el período complementario de enero-febrero, que no debió de ser bastante tampoco desde el momento en que Mayer se ha visto obligado a pedir otro nuevo anticipo de 80.000 millones con carácter urgente momentos antes de emprender su reciente viaje a Norteamérica. A su vuelta parecen anunciarse medidas más severas con objeto de revisar nuevamente los gastos e ingresos del ejercicio en curso. El problema central continuará siendo la imposibilidad de recurrir al ahorro, cuya reducida cuantía trastorna todo plan financiero deseoso de respetar la estabilidad de la economía. La escasa formación de ahorro (el cual en 1949, 1950 y 1951 no alcanzó el 8 por 100 de la renta nacional, según los datos del Consejo Nacional de Crédito) se hizo patente cuando el empréstito Pinay eliminó con la garantía oro de su capital reembolsable el peligro de depreciación inflacionista, al cual se atribuía su desaparición. Hoy continúan siendo válidas las acertadas observaciones de la Comisión del Balance Nacional en 1948, que insistían en la necesidad de un ahorro bastante para el caso en que se rehusase reducir los gastos públicos (cfr. su informe, «*Perspectives des ressources et des besoins de l'économie française au cours du premier semestre de l'année 1948*», págs. 36 y ss.). La tendencia visible en el Plan Monnet y en la elaboración del que le sucede, es a disminuir la concurrencia del Estado en el mercado de capitales, exacerbada por el hipertrófico aumento de las inversiones públicas, dejando así que el ahorro vaya volviendo a invertirse en las empresas nacionalizadas y la industria privada y que éstas se basten a sí mismas para realizar las inversiones planeadas sin necesidad de recurrir al Estado (cfr. el informe-balance del Plan Monnet presentado por su comisario, Jean Monnet, a la Presidencia del Consejo en octubre de 1952).

En todo caso no parece que el bloqueo de créditos decidido por Mayer haya sido bastante para resolver las dificultades financieras con que tropieza el Gobierno francés, si bien hasta el presente una gran parte de estas dificultades sea atribuible a la crítica situación en que se encontraba la Tesorería francesa a la caída de Pinay ¹⁰⁸.

3. PLENO EMPLEO-ESTABILIDAD ECONÓMICA

La moderna teoría económica ha insistido reiteradamente en la posibilidad de que en determinadas economías no pueda alcanzarse el pleno empleo total sin que peligre gravemente la estabilidad económica. En tales casos la política económica se verá obligada a elegir entre la existencia de un paro más o menos cuantioso, según las circunstancias, y las ventajas de un pleno empleo obtenido a cambio de inflación.

Todo inclina a pensar que en la Francia de postguerra se haya optado por esta segunda disyuntiva. La situación de pleno empleo en realidad total ha podido mantenerse gracias a una ininterrumpida inflación, y prueba de ello es que a cada intervalo de estabilidad, conseguido por momentánea detención de la inflación (como ocurrió sobre todo en la experiencia Mayer y ocurriría más tarde bajo Pinay), ha correspondido siempre un sensible recrudecimiento del paro y la aparición de algunos síntomas de depresión económica. Acaso ello se deba únicamente a la crisis de restablecimiento o convalecencia previsible después de una larga enfermedad inflacionista, o a la tendencia cíclica a caer en los extremos opuestos, y la economía francesa disponga de oportunidades de trabajo más que sobradas para su población, como indica la constante afluencia de mano de obra extranjera y las estimaciones de la que aún sería necesaria.

En todo caso es indudable que en la consecución del objetivo

¹⁰⁸ No hay más que comparar los 40.000 parados que tantos temores suscitaban en noviembre de 1952 con los 20 millones que constituyen la población activa francesa y con las cifras de paro normales en otros países de inferior población (250.000 parados en Bélgica, por ejemplo).

de ocupación total llega siempre un momento en que las sucesivas reducciones del paro no pueden lograrse sino a cambio de una presión inflacionista más que proporcional en relación con la requerida para las reducciones anteriores. La cuestión clave es, por lo tanto, la determinación del nivel máximo de paro socialmente soportable en cada caso y la relación en que se encuentra este nivel máximo con el nivel de empleo a partir del cual entra en juego necesariamente la inflación. Si el paro máximo considerado soportable es muy bajo y también lo es el nivel máximo de empleo compatible con la estabilidad económica, el peligro de inflación galopante será muy grande a nada que se intente acercar las cifras de paro a la cuantía considerada como máxima. Pero aun cuando el nivel de empleo compatible con la estabilidad económica sea muy elevado, persistirá el peligro inflacionista si las cifras de paro consideradas como el máximo soportable son extremadamente bajas en relación al conjunto de trabajadores empleados. Y este parece ser precisamente el caso de la economía francesa ¹⁰⁹.

Ahora bien, es evidente que mientras se quiera mantener un nivel de empleo incompatible con la estabilidad económica, el intento de compaginar ambos objetivos se ha de traducir necesariamente en inflación. La solución más lógica sería resignarse a soportar un mayor paro, siempre que pudiese considerársele como normal para una economía de las características de la francesa, a cambio de una más firme estabilidad económica. En este sentido la «escuela de la coyuntura» francesa se ha esforzado repetidamente por hacer ver que en toda economía el equilibrio resulta de la coexistencia de zonas de depresión y zonas de auge simultáneamente, sin que el paro derivado de las primeras deba considerarse incom-

¹⁰⁹ Cfr. el informe citado de Dumontier sobre la coyuntura económica francesa a finales de 1952, aprobado por el Consejo Económico el 24 de diciembre de dicho año. Otro representante de la escuela de la coyuntura, al que ya hemos hecho frecuentes alusiones, M. Sauvy, es quizá el que con más claridad e insistencia ha combatido la patológica sensibilidad francesa respecto al paro (cfr., por ejemplo, el comentario de actualidad económica en *Droit Social*, diciembre 1951, págs. 664 y ss.: «Entre la inflación y el paro, la opinión francesa ha escogido... En Bélgica triunfa el capitalismo clásico, a base de concurrencia, pacto y lucha. En Francia el pleno empleo inflacionista y la seguridad continúan siendo los objetivos esenciales, con la facilidad como instrumento»).

patible con la prosperidad económica ¹¹⁰. Sin embargo, los factores irracionales a que ya hemos hecho alusión han llevado a considerar como socialmente insoportables cifras de paro y depresiones parciales con las que en buena ley debería contar una economía capitalista de las dimensiones de la francesa. A ello ha contribuido igualmente la instintiva asociación de ideas entre el pleno empleo y sus objetivos «homogéneos» (producción máxima, progreso económico, etc.), cuyo condicionamiento recíproco les ha erigido en una constelación de finalidades deseables capaz de vencer gran parte de las prevenciones existentes contra la inflación resultante de su realización conjunta.

En un balance económico del año 1952, presentado por radio a principios de 1953, el director del INSEE, M. Closon, comentando la situación económica, precavía contra el falso dilema: « alza de precios-estancamiento económico », defendiendo la posibilidad de un verdadero progreso económico sin tener que recurrir de nuevo necesariamente a la inflación. En efecto, en la situación económica legada por Pinay al momento de su caída podrían descubrirse algunos factores de deflación, que empleados anteriormente en la lucha antiinflacionista no habían tenido tiempo de ser eliminados o atenuados debido a la necesidad de asegurar la frágil estabilidad conseguida ¹¹¹. Pero ha de tenerse bien presente que

¹¹⁰ Estos factores eran esencialmente las restricciones del crédito, decretadas en octubre y noviembre de 1951 por el Gobierno Pleven con objeto de frenar la inflación, las cuales habían consistido en una elevación del tipo de descuento del 2 al 4 por 100 y en una reglamentación más rigurosa de las operaciones de crédito. A pesar de las insistentes peticiones de los empresarios, Pinay rehusó disminuir el tipo de descuento, no cediendo a la poderosa tentación de emplear este medio al mismo tiempo para agrandar a los empresarios, calmando su impaciencia por el ritmo de la actividad económica, y hacer desaparecer de ésta los síntomas de depresión que se le reprochaban. Mayer también ha obrado con prudencia, retrasando una y otra vez el momento de cumplir con su promesa relativa a mayores facilidades de crédito.

¹¹¹ Cfr. especialmente las conclusiones del notable trabajo del INSEE, «Mouvement économique en France de 1938 à 1948» (puesto al día para 1949), páginas 105 y ss. «Factor esencial del nivel de vida y de los movimientos de población activa, factor no despreciable del movimiento general de precios y dominante a largo plazo de su dispersión. la productividad es buscada no sólo en el estadio de la empresa o rama industrial, sino también en el de la econo-

aun cuando unas facilidades de crédito mayores y bien administradas puedan reanimar el ritmo de la actividad económica francesa, un tanto decaído a principios de año, éste ya no volverá a ser el mismo que en tiempos de inflación y excepcional esfuerzo inversor, y que el dilema pleno empleo-estabilidad económica se replanteará de todas formas en los siguientes términos: o aceptar como normales un mayor paro y un menor ritmo de crecimiento de la población y el progreso económico a cambio de una mayor estabilidad económica o reanudar de nuevo el juego inflacionista capaz de mantener el pleno empleo absoluto mediante un desmedido plan de inversiones o de ordenadas facilidades de crédito. Lo que los franceses no podrán hacer en este como en los demás casos es *ménager la chèvre et le chou*, o para decirlo más castizamente, nadar y guardar la ropa.

4. PRODUCTIVIDAD-ESTABILIDAD SOCIAL

Durante toda la postguerra la cuestión de la productividad no ha cesado ni un solo instante de estar a la orden del día ¹¹². Impresionados por el ejemplo norteamericano, y deseosos de encontrar las razones de su propia inferioridad económica, los franceses han venido a centrar cada vez más su atención en este factor clave del progreso económico, enviando múltiples Comisiones de economistas a los Estados Unidos con este objeto (la última muy recientemente, formada por el actual ministro de Asuntos Económicos, M. Buron, y otras personalidades), y creando a este efecto

mia nacional e incluso mundial... Tanto la ciencia económica como la política económica habrán de considerar cada vez más a la productividad como la llave maestra de sus construcciones, conjuntamente con las elasticidades de la demanda, dos nociones que en el fondo no son sino el aspecto moderno y estadísticamente cifrable de las antiguas nociones de coste y utilidad.»

¹¹² La experiencia Pinay ha hecho ver precisamente que el comportamiento cívico de las pequeñas y medianas empresas no justificó esa simpatía. A ella cabe atribuir el fracaso de la campaña de baja, que no pudo nada contra sus reticencias (cfr. *Études et Conjoncture*, septiembre-octubre 1952, págs. 437 y siguientes), y ellas han sido, por otra parte, las que más violenta oposición han mostrado al Plan Monnet y a toda inversión rapaz de hacer aumentar la productividad nacional en detrimento de sus intereses.

numerosas instituciones y centros de investigación de todas clases, tanto de carácter exclusivamente científico como dependientes de partidos políticos y organizaciones profesionales.

Fruto de este interés ha sido la comprobación de algunas de las diferencias esenciales que separan a la economía francesa de una economía de capitalismo puro y fuerte competencia como la americana, y sobre todo del papel representado en la escasa productividad francesa por la existencia de un considerable número de empresas marginales escasa o nulamente productivas, subsistiendo (y dando la pauta para un nivel de precios artificialmente elevado) gracias a las prácticas inflacionistas y proteccionistas ya descritas.

Lo sorprendente a este respecto es que es el mismo Estado quien contribuye a mantenerlas artificialmente en vida mediante un pronunciado proteccionismo fiscal de las pequeñas y medianas empresas, en visible contraste con la gravación represiva a la que se somete a las grandes empresas. La justificación de esta preferencia se busca en el argumento de la sólida estabilidad social, que proporciona un régimen basado en pequeños propietarios y empresarios, así como en la necesidad de evitar una excesiva concentración capitalista.

En la medida en que esto sea cierto (y sería preciso revisar las razones sentimentales que han impulsado tradicionalmente a ver con simpatía a los pequeños empresarios)¹¹³, surge aquí también

¹¹³ Si la inflación surge de un desajuste de cierta duración entre la oferta de bienes y la demanda monetaria, es evidente que su fin puede lograrse, bien por reducción de la demanda monetaria (mediante restricciones del crédito, aumento de la presión fiscal, etc.), bien por aumento de la oferta (mediante una mayor producción de bienes de consumo debida al incremento de los factores de producción a ella dedicados o a una mayor productividad de los antiguos). Si se trata solamente de detener la inflación, la elección dependerá exclusivamente de las ventajas e inconvenientes técnicos de uno u otro camino (así, podría desecharse el recurrir a un aumento del tipo de descuento debido a que su empleo se ha revelado contraproducente y hasta catastrófico en diversas ocasiones, y preferirse un aumento de la oferta por el medio que fuese). En la realidad, sin embargo, el optar simplemente por un aumento de la productividad constituiría una forma de favorecer los intereses de los empresarios en períodos de inflación, y es por ello que la defensa de esta tesis por los empresarios no tiene nada de imparcial, constituyendo más bien, como dice

un dilema, cuya resolución dependerá, como en los anteriores, de la preferencia (extraeconómica) otorgada a uno u otro de sus términos: consolidar la estabilidad social mediante el fomento de la pequeña propiedad y la pequeña empresa por todos los medios al alcance del Estado o sacrificarla en aras a las tradicionales ventajas de la concentración de empresas (economías internas y externas, producción en gran escala y todos los demás factores que contribuyen a aumentar su productividad).

De ser exacta la tesis, defendida especialmente por los empresarios franceses, según la cual el aumento de la productividad sería la única solución eficaz al problema inflacionista ¹¹⁴, el intento de armonizar las ventajas ofrecidas por ambos objetivos tendría por desenlace el mismo resultado que en los dilemas ya expuestos, a saber: la predisposición a la inflación o bien la imposibilidad de liquidarla verdaderamente mientras persista la negativa a renunciar al incompatible con su eliminación.

También en este punto la elección de Pinay fué bien clara, aunque el adoptarla representase quizá para él un mayor sacrificio que en los anteriores. Con un valor que dice mucho en favor de su insobornable probidad, Pinay, que no es sino un pequeño industrial más, no vaciló en atacar los privilegios de las pequeñas empresas allí donde éstos suponían una traba a su política de estabilidad, suprimiendo el proteccionismo fiscal para las cooperativas y empresas que no lo empleaban en mejorar su productividad y sometiendo a los sectores más rebeldes del comercio al detalle (carne, fruta, productos alimenticios en general) a todos los controles y trabas ideados por el intervencionismo económico.

Es fácil ver que estas medidas negativas de fomento de la pro-

Sauvy, «un medio de eludir el verdadero problema de una organización industrial progresiva», en que desapareciesen las ententes y pactos malthusianos que verdaderamente obstaculizan los progresos de la productividad. Sobre el carácter patronal de la tendencia a ligar el salario a la productividad vid. el artículo del socialista León Blum, «Production, productivité et salaires», en *Le Populaire* del 26 de diciembre de 1949.

¹¹⁴ Y ya hemos dicho antes por qué era necesario dedicarse antes a ellas que a un positivo fomento de la productividad mediante primas, propaganda, etcétera.

ductividad¹¹⁵ guardan una íntima relación con las destinadas a restablecer un verdadero liberalismo económico, lo cual no podía ser de otra forma, ya que en definitiva las contraposiciones estudiadas no son sino aspectos parciales de un dilema más general en cuya solución reside la clave del estancamiento o progreso económico. Un verdadero progreso económico exige una productividad creciente (y no simplemente el incremento de la producción absoluta, la cual puede deberse únicamente a la expansión provocada por estímulos inflacionistas sin base real). Ahora bien, para que la productividad mantenga un ritmo creciente es necesario que el sistema económico elegido (capitalismo o socialismo) funcione sin trabas, conforme a sus reglas de producción y distribución de la riqueza. El grado de crecimiento y su naturaleza dependerán a su vez de la altura alcanzada por las inversiones y de su compatibilidad con la estabilidad económica, la cual requiere de éstas que no sobrepasen el punto máximo en que su financiación comienza a ser inflacionista ni el grado de pleno empleo en que la productividad de la mano de obra ocupada es óptima. La existencia de la primera condición dependerá de la solución que se dé al dilema liberalismo-intervencionismo; las restantes, de la asignada a las disyuntivas consumo-inversión, pleno empleo-estabilidad económica.

5. SEGURIDAD-RIESGO

Expresado en términos psicológicos, ese dilema clave a que antes aludíamos no es otro que el que contrapone los dos más decisivos instintos del mundo económico: el espíritu de riesgo y el de seguridad. Bien mirados, todos los excluyentes antagonismos ante-

¹¹⁵ Sobre el lento proceso mediante el cual el comercio y la industria han venido a cerrar prácticamente en muchos casos el acceso a nuevos competidores e impedir la adopción de las nuevas formas de vida comercial, vid. el interesante artículo de Paul DURAND, en la antología de temas laborales *Travail et Salaire* (Éditions du Cerf, 1943), titulado «Risque et sécurité dans la rémunération du travail», págs. 170 y ss. «Así desaparecen —concluye DURAND— el gusto por la iniciativa y el riesgo que caracterizaron al siglo XIX. Después de un gran impulso vital, el organismo social se fosiliza. Y los descendientes de aquellos que lucharon por una libre acción profesional buscan hoy una egoísta seguridad en la conquista de nuevos monopolios» (pág. 172).

rios vienen a reducirse a modalidades diversas de una misma elección fundamental entre el riesgo y la seguridad económica, o si se quiere, entre distintos grados de seguridad económica. Así, la elección entre liberalismo e intervencionismo implica una opción entre el riesgo económico consustancial a la misión del empresario en un régimen de empresa capitalista y libre competencia y la seguridad económica proporcionada por la delegación de todas las responsabilidades empresariales en el Estado y el paralelo compromiso económico contraído por éste respecto a la producción que él ha planeado. Igualmente, el dilema pleno empleo-estabilidad económica significa en último extremo la posibilidad de elegir entre una seguridad parcial (la de que absolutamente todos puedan trabajar si quieren) y una inseguridad general (la de la economía, si ese grado de pleno empleo es inflacionista). Lo mismo cabe decir de la estabilidad social como incompatible en determinadas circunstancias con el mejoramiento de la productividad, percibiéndose en este caso (cuando consideraciones de estabilidad social impiden aumentar la productividad en la medida requerida para hacer desaparecer todo peligro de inflación) la misma divergencia entre la estabilidad social y la económica que puede llegar a crear la seguridad social cuando alcanza determinadas dimensiones.

La necesidad de elegir entre el riesgo y la seguridad económica, que constituye en realidad el verdadero problema hamletiano de las economías occidentales, adquiere especial relieve en un país que como Francia se ha caracterizado siempre por su arraigado instinto de seguridad en todos los órdenes de la vida. De Francia ha salido la burguesía más poderosa y duradera de todas las naciones europeas, cuya participación en la dirección de la política económica francesa no ha mermado ni aun después de la segunda guerra mundial. Era esta burguesía la que en épocas de normalidad convertía a Francia en paradigma ejemplar del ahorro, y la que, sumergida en la inflación de guerra y de postguerra, con más ahinco trató de asegurar sus fortunas y sus rentas contra los efectos de su rápido dinamismo, recurriendo para ello a todos los artilugios imaginados por la rica capacidad inventiva antes empleada en ganar mercados y progresar técnicamente.

Ha sido precisamente esta desviación del instinto de seguridad económica, provocada por la inflación, y un creciente recurso al

proteccionismo estatal lo que ha venido a destruir aquel armonioso equilibrio entre seguridad y riesgo que constituía la misma razón de ser de la burguesía francesa y la convertía en principio impulsor del progreso económico. Desde hace algunos lustros esta burguesía viene dando el lamentable espectáculo de una clase dirigente carente en absoluto de todo sentido de su misión social, obsesionada por la busca de una mayor seguridad económica ¹¹⁶, atenta solamente a conservar sus privilegios y descargar sobre el Estado sus responsabilidades y negándole, en cambio, su colaboración en toda empresa para cuya realización pueda requerirse su ayuda.

El fenómeno ha pretendido explicarse recurriendo a un supuesto divorcio entre la burguesía y el Estado como consecuencia de la subida al Poder de Gobiernos de carácter marcadamente izquierdista. Pero este motivo, que hubiera podido justificar el inhibicionismo burgués en los años del Frente Popular o en aquellos primeros de postguerra, con ministros comunistas y socialistas en cada Gabinete, no sería aplicable a su actitud hacia un Gobierno tan decididamente conservador como el de Pinay ni tampoco (si la ocasión surgiera) hacia el formado por Mayer, en el cual no se ha dejado de señalar la presencia de varios representantes de la alta burguesía financiera francesa.

La caída de Pinay a sus propias manos, por el solo pecado de haber intentado recordarle cuál era su verdadera misión, es ya razón bastante para pensar que el mal es más profundo y que quizá su diagnóstico corresponda al de uno de esos fenómenos de decadencia de clase a cuya descripción nos tienen acostumbrados los sociólogos.

Sea lo que fuere, la cuestión decisiva para la política económi-

¹¹⁶ En una declaración común de cuatro Asociaciones con jefes de empresa, publicada el 20 de junio de 1952, éstos manifestaban «considerarse ejerciendo una verdadera función social al servicio de la colectividad entera». Puede que sus 8.000 adherentes hayan sido una excepción en la exhibición de egoísmo y falta de sentido cívico que ofrecerían sólo unas semanas más tarde los empresarios con motivo de las primeras medidas molestas de Pinay. En general, la actitud de los empresarios tanto en la experiencia Pinay como desde el final de la guerra no ha podido ser más censurable. Basta seguir las intervenciones de sus representantes en el Consejo Económico para comprobarlo.

ca francesa continuará siendo en el futuro la misma que la experiencia Pinay ha puesto de relieve, a saber: la de si los representantes que esta burguesía instale en el Poder serán capaces de la clara elección político-económica exigida por las actuales circunstancias y esta otra, aún más importante, de si aun siendo capaces (como lo ha sido Pinay) la burguesía se avendrá a aceptar los sacrificios impuesta por la elección adoptada.

De una cosa puede estarse seguro: que la indecisión no podrá prolongarse indefinidamente. Situada entre dos mundos hostiles, animados por la fe y la pasión, la sociedad colectivista, de un lado, la creencia en un modo de vida capitalista de otro, Francia habrá de definir pronto o tarde su posición ante los problemas económicos decisivos si es que quiere seguir disfrutando de ese rango de gran potencia al cual aspira celosamente.

Pero aún hay más, y es que al lado de esta pugna externa entre sistemas económicos opuestos disputándose la primacía del progreso existe otra interna, llamémosla o no «lucha de clases», cuyas leyes fatales conducen al Poder a aquella clase social capaz de adoptar y hacer cumplir las decisiones fundamentales exigidas por la economía en un momento dado. Aquí podría preguntarse hasta cuándo el sector más numeroso de la nación, tan malparado en el pasado, continuará contemplando impasible el egoísta y cada vez más injustificable comportamiento de quienes debieran estar a su servicio.

Toda política de avestruz, toda complacencia en el pasado puede significar en este punto un retraso fatal. Más aún que la temeridad, el amor excesivo a la seguridad económica ha constituido siempre un camino infalible de perdición.

EUSTASIO RODRIGUEZ ALVAREZ